

Cristo en
Toda la Biblia:
Jueces



© Prensa Acacia 2022

Prensa Acacia

Emiliano Zapata Campeche, México

www.graciamasgracia.com

CRISTO EN TODA LA
BIBLIA:
JUECES

David Alves Jr.

PREFACIO

“Cada uno hacía lo que bien le parecía”.

Esta es una frase que se repite dos veces al final del libro de Jueces y resume acertadamente las condiciones espirituales de Israel durante un periodo de unos cuatrocientos años.

Al tratar de trazar a Cristo en este séptimo libro en nuestras Biblias, a simple vista parecería ser algo imposible de poder realizarse. Pero al considerar que Cristo dijo que todas las Escrituras dan testimonio de él (Jn. 5:39), recordamos que Jueces sí hace que nuestras mediten en el Hijo de Dios.

En esta octava edición de “Cristo en Toda la Biblia”, vemos al Señor en las experiencias de los jueces que gobernaron sobre el pueblo de Dios. En algunos casos, sus cualidades y experiencias son asemejadas con lo que podemos disfrutar acerca de nuestro Salvador. En otros casos, los terribles defectos de muchos de ellos, son contrastados con las perfecciones y excelencias de nuestro glorioso Señor.

También consideramos puntos devocionales sobre Cristo Jesús en la última sección del libro de Jueces, donde se narran historias aterradoras del pecado que prevalecía en la nación judía.

El propósito de estos escritos es para glorificar a Dios y para que con su ayuda sean de enriquecimiento a la iglesia. Mi deseo es que te hagan caminar más cercanamente de tu

Salvador y que preparen tu corazón para adorar al Señor cada primer día de la semana.

Acompáñame en este viaje en el que aprendemos cosas sublimes del Mesías en un libro tan oscuro como lo es Jueces.

David Alves Jr.
Emiliano Zapata
Campeche, México
3 de Julio de 2023

VENCEDOR

Jueces 1:1-10

Continuamos con nuestras consideraciones de Cristo Jesús en los escritos sobre la época de los Jueces en Israel. No será fácil ubicarlo en esta época en la historia de los hijos de Abraham, dado a que durante estos 400 años, este pueblo descendió a niveles muy pero muy bajos de moralidad. “Cada uno hacía lo que bien le parecía” es una frase en este séptimo libro de la Biblia que describe perfectamente la condición de Israel durante este tiempo. A pesar de todo eso, el Espíritu nos presentará una y otra vez a nuestro Salvador en las páginas del libro de Jueces. Dios permita que estos estudios nos hagan conocer, amar y adorar más al Hijo de Dios que se sacrificó por nosotros.

Al haber muerto Josué, los hijos de Israel consultaron a Jehová para saber cuál tribu sería la primera en salir a pelear contra los cananeos. Dios indicó que sería la tribu de Judá. Esto no debe de sorprendernos. Esta tribu estaba destinada para ser la que de ella saldrían reyes y comandantes de ejércitos. Jacob profetizó esto antes de morir. “No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies” (Gn. 49:10). Esto comenzaría con David. Él sería el primer rey en Israel de la tribu de Judá, y en uno de los grandes pactos de la Palabra de Dios, encontramos que el Fuerte de Israel le aseguró que el trono permanecería dentro de su linaje. Esto se fue cumpliendo al ir reinando los de su familia, pero su cumplimiento total y final será cuando el

Señor de gloria, el León de la tribu de Judá, reine eternamente y para siempre. Por eso no debemos encontrar la genealogía de Jesús en Mateo 1 como algo tedioso o insignificante. Hay algo sumamente precioso del primer versículo del evangelio “Libro de la genealogía de Jesús Cristo, hijo de David, hijo de Abraham.” Exaltado sea el Hijo de David, el bendito Hijo de Dios.

La tribu de Judá salió a pelear contra los cananeos junto con la tribu de Simeón. Por el infinito poder de Dios, mataron a diez mil hombres en Bezec. El rey de Bezec salió huyendo pero lo alcanzaron y le cortaron los pulgares de las manos y de los pies. Este rey reconoció que la justicia divina se había ejecutado sobre él porque reconoció que él le había cortado los pulgares de las manos y pies a setenta reyes. También les había humillado al tenerlos debajo de su mesa recogiendo migajas. Ahora el castigado y humillado era él. Las tribus de Judá y Simeón llevaron a Adoni-Bezec a Jerusalén y lo mataron.

Esto sin duda nos lleva a meditar en los fuertes de esta tierra siendo juzgados, humillados y aniquilados por el Señor Todopoderoso al final de la gran tribulación. En su primera venida, los fuertes rechazaron a Jesús en Su nacimiento y en Su muerte. Gobernantes estuvieron detrás de todo esto. Pero en Su segunda venida, aunque los fuertes de la tierra traten de oponerse a Él y de vencerle a Él, serán derrotados con el poder de Su palabra. El Señor de señores se exaltará por encima de los señores de la tierra y tendrá todo el derecho como Juez de toda la tierra para juzgarles. Como si fuera, los poderosos serán nuestros debajo de la mesa para comer las migajas para que el Todopoderoso reine con toda autoridad. El que murió en Jerusalén, porque así lo determinaron los

gobernantes de la tierra, un día fulminará a los reyes de la tierra, reunidos contra Él en Jerusalén, así como fue hecho con el rey de Bezec.

De Jerusalén, Judá fue y conquistó a Hebrón al derrotar a los cananeos. Hebrón se situaba al sur del territorio asignado a Judá. En el libro de Josué observamos que el rey de Hebrón ya había sido vencido y los gigantes de ese mismo lugar habían sido derrotados.

Esto hace a uno pensar en cómo el que fue herido en Su talón al padecer sobre el madero, un día aplastará la cabeza de la serpiente antigua (Gn. 3:15). Así como Judá derrotó por completo a enemigos que ya habrían sido derrotados de igual manera, el Señor vencerá a Satanás de tres maneras. El Señor al morir y resucitar derrotó al diablo; llegará el momento cuando lo arroje por mil años al abismo mientras Él reine sobre la tierra; después lo derrotará por siempre cuando lo lance al fuego eterno. La serpiente sí será vencida y el Rey de gloria triunfará por siglos mil. A Él sea toda gloria, todo dominio y todo poder.

CONCÉDEME UN DON

Jueces 1:11-15

La tribu de Judá al conquistar su territorio después de la muerte de Josué, fue también a Debir para conquistarla. Este lugar también era conocido como Quiriat-sefer. En Josué 10 vemos que ya había sido tomada en los días que Josué comandaba a Israel. Caleb actuaría para que otra vez fuese dominado este lugar que les pertenecía. Encontramos aquí otro ejemplo de un lugar teniendo que ser conquistado por segunda vez, por causa del descuido de la nación de Israel al no poseer y dominar la tierra que Jehová les había dado.

Esto debe llevarnos a considerar la seriedad que hay cuando nosotros como cristianos permitimos que ciertos pecados se conviertan habituales en nuestras vidas. Es posible, por ejemplo, que combatamos con el pecado del enojo, la codicia o la mentira. Esto no debe ser la experiencia de un hijo de Dios porque por eso el Señor Jesús murió y resucitó por nosotros. El hermano Pablo guiado por el Espíritu nos enseña en sus escritos que la persona que cree en Jesús muere al pecado y comienza una nueva vida por medio de Su muerte y resurrección. Su muerte resulta en nuestra muerte, y Su resurrección resulta en nuestro renacimiento.

No podemos ser perfectos, porque aún estamos en este cuerpo propenso a la maldad, pero no deberíamos acostumbrarnos a ciertos pecados. Los que somos de Cristo hemos “crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gál.

5:24). No debemos permitir que ciertos pecados tomen morada en nuestros corazones, como sí hizo Israel con las tierras que ya se había conquistado; sino deberíamos hacer morir todo lo que hay en nosotros que no es de agrado al Señor (Col. 3:5; Rom. 8:12, 13). Ya no vivimos nosotros, sino es el Cristo resucitado que ahora mora en nosotros (Gál. 2:20). La adoración a Cristo incluye vivir una vida de triunfo sobre el pecado a través de su ayuda y poder.

En la conquista de Debir, vemos a Caleb muy deseoso de que se triunfara sobre los cananeos en aquél lugar. Aquí veremos a Caleb como figura de Jesús Cristo.

En primer lugar, vemos esto en cuanto a su deseo de triunfar sobre los enemigos de Israel. Esto nos lleva a pensar en el Hijo de Dios sacrificándose al dejar el cielo para venir a este mundo y al entregar Su vida sobre Su cruz. Esto lo hizo para ser victorioso sobre el pecado, el mundo y el diablo. Su gran obra fue para poder compararnos del pésimo dominio que Satanás tenía sobre nosotros.

Caleb hizo saber que le entregaría a su hija como esposa al que se atreviera a pelear contra Debir y tomarla. Otoniel, hermano menor de Caleb, fue quien lo hizo. Conquistó a Debir y se casó con Acsa. Al irse ellos, Otoniel le dijo a Acsa que le pidiera un campo y fuentes de aguas, las de arriba y las de abajo. Acsa le pidió que le concediera un don, y la Escritura nos dice que Caleb se lo otorgó.

La petición de Acsa y la respuesta de Caleb, hace pensar en el creyente orando a nuestro Padre y recibiendo la respuesta a su plegaria.

Pero no queremos desviarnos de meditar en nuestro Salvador. Caleb dándole el don a su hija, hace pensar en el Señor dándole el Espíritu Santo a la iglesia. Al ascender al cielo después de Su muerte y Su gloriosa resurrección, envió al Consolador para guiarnos a toda verdad. Por medio del Espíritu de Cristo tenemos dones con los cuales servimos a Dios y a las personas que están a nuestro alrededor. Nos ha dado al Espíritu de verdad para que nos congreguemos mañana para adorarle. Ha sellado nuestros cuerpos con el Espíritu de vida para que no pequemos contra Él. Nos ha brindado al que es “el sopro del Omnipotente” (Job 33:4) como las arras o la garantía del esplendoroso futuro que nos espera. Leemos de Jesús en Juan 20:22, “Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.”

¿Qué sería de nosotros si no fuera por la obra de Cristo?
¿Qué sería de nosotros sin la presencia del Espíritu Santo?

Como Acsa, le dijimos al Señor, “Concédeme un don”; y Él nos dio mucho más de lo que podíamos haberle pedido. Toda gloria sea dada a Él.

TE REDIMÍ Y NO TE FALLARÉ

Jueces 2:1-6

La narración que encontramos en este pasaje, coincide bien con el hecho de que se acerca el fin de otro año, si el Señor no ha venido. Este texto nos lleva a alabar a nuestro Salvador por lo que Él ha hecho por nosotros en la cruz y por su presencia a nuestro lado en este año que ha transcurrido.

Vemos que el Ángel de Jehová subió de Gilgal a Boquim para comunicarle tres cosas a la nación de Israel. Antes de considerar su mensaje, contemplemos al mensajero. Varios pasajes en el Antiguo Testamento hacen ver que cada vez que aparece el Ángel de Jehová sobre la tierra, son apariciones que hizo nuestro Señor Jesús antes de nacer de María.

Pudiéramos considerar varios pasajes para comprobar esto, pero nos enfocaremos en esta ocasión en este ejemplo que estamos viendo en Jueces. Fíjate en lo que dice el Ángel de Jehová. “Yo les saqué de Egipto, y les introduje en la tierra de la cual había jurado a sus padres, diciendo: No invalidaré jamás mi pacto con ustedes”. Dijo también en cuanto a los cananeos, No los echaré de delante de ustedes, sino que serán azotes para sus costados, y sus dioses les serán tropezadero”.

Un ángel no puede decir que él sacó a Israel de Egipto para introducir a Israel a su tierra. Dios fue quien hizo eso. Un ángel no puede decir que no invalidará jamás su pacto hecho con la nación Hebrea. Dios fue quien hizo eso. Un ángel no puede tener la autoridad para hablar de que no permitirá que Israel saque a sus enemigos de la tierra de ellos por causa de su desobediencia. Dios sí tiene la autoridad para hablar así. No cabe duda que el Ángel de Jehová mencionado aquí es Dios mismo viniendo a la tierra en la Persona de Jesús Cristo.

El mensaje del Señor para Su pueblo tuvo que ver con el hecho de que Él los había redimido de Egipto para hacerles entrar a la Tierra Prometida; les aseguró que no fallaría en el pacto que había hecho con ellos; y que castigaría su desobediencia por no exterminar a sus enemigos como Él se los había mandado.

Nosotros adoramos al Cordero que fue inmolado para que nosotros fuésemos redimidos de la esclavitud del pecado. Cada domingo de este año, nos hemos reunido el primer día de la semana, para conmemorar Su muerte a través de un pan y una copa. El que habló con Israel para recordarles que los había sacado de la esclavitud del faraón, sería el que sufriría sobre un madero para ofrecerle libertad del pecado a toda la humanidad.

Al llegar al final de otro año, y al estar próximos a iniciar otro, nos consuela la segunda cosa que el Señor le dijo a Su nación. Él les aseguró que no invalidaría nunca el pacto que había hecho con ellos. Cristo es aquél que no solo murió para redimirnos, pero es también aquél quien cumple todo lo que promete y que nunca nos faltará ni abandonará. Jesús es el

mismo ayer, hoy y por siempre (Heb. 13:8). Él está con nosotros todos los días (Mt. 28:20). Al contemplar el año que ha pasado, nos admiramos de la constancia del Señor hacia nosotros, aún en aquellos momentos muy difíciles por los cuales hemos pasado. Podemos confiar que lo mismo será para el año entrante.

Después de que los israelitas oyeron estas preciosas palabras de nuestro Amado, ellos alzaron la voz, lloraron y ofrecieron sacrificios a Dios. El Señor dio Su vida por ti para redimirte y nunca te falló en este año que ha llegado casi a su final. ¿Le adorarás en los próximos dos días del Señor? Recuerda que este domingo será día 25 y el próximo domingo será día 1. ¿Es el Señor digno para que no permitas que ningún compromiso social tome el lugar que Jesús merece en tu corazón? No faltes. Dale a nuestro Salvador el lugar que le corresponde y adórale por todo lo que Él es y por todo lo que Él ha hecho en tu vida. Al pensar en todo lo que ha hecho por nosotros, solo podemos hacer como Israel, y humillarnos delante del Señor y ofrecerle nuestra adoración.

DESPEDIDA DE UN SIERVO DE JEHOVÁ

Jueces 2:7-23

Las despedidas cuando muere alguien nunca son fáciles. Hay ciertos entierros, que aunque son conmovedores por la partida del ser querido, hay un sentido de gran satisfacción por la vida que vivió la persona para el disfrute de Dios. Ese habrá sido con el caso de Josué. A la edad de ciento diez años, murió, y fue sepultado en su heredad en Timnat-sera, en el monte de Efraín, al norte del monte de Gaas.

¿Qué habrá sido para todos los presentes testificar la sepultura de este siervo de Jehová? Había tenido una gran influencia sobre el pueblo, para que Dios fuese agradado durante todo el tiempo que fungió como líder de ellos. Damos gracias a Dios por la vida de Josué y por el ejemplo que nos es. Fue una vida de servicio a Israel – pero aún más importante- de servicio a Dios.

Al ser presentado como siervo en este pasaje, Josué es una vez más figura de Jesús. Josué es uno de los siervos de Dios que más sobresalen en las Escrituras, pero Cristo Jesús es el siervo de Jehová que sobresale sobre todos los demás. Ningún siervo ha traído deleite al corazón de nuestro Padre como lo ha hecho Su Hijo Unigénito.

Comparemos el carácter de siervo de Josué con el de nuestro Amado Señor. Hay por lo menos tres cualidades que debe poseer el siervo de Dios. Quizás deberíamos aclarar que los siervos no son solo aquellos quienes predicán, sino todos aquellos que han invocado el Nombre del Señor. Si el Señor no ha venido y si estamos con vida, sería un buen propósito querer poner en manifiesto estos tres atributos de un siervo en el año 2023.

Una vida de servicio a Jehová implica humildad. Nunca leemos de Josué exaltándose por encima de los demás; mas bien, siempre estuvo para servir a la nación de Dios. No se caracterizó por manifestar tener soberbia en su corazón. Josué siempre mostró querer el bien para Israel y siempre buscar la gloria de Dios por encima de todas las cosas. La humildad de Josué nos hace pensar en la humildad del Hijo de Dios. Nadie fue más humilde que Él, a pesar de que Él era el más grande. El orgullo en el corazón del hombre, le inhibe mostrar la sencillez que vemos en el carácter del Señor de gloria. Él no vino para ser servido, sino para servir (Mt. 20:28; Mr. 10:45). Nadie se dispuso a sí mismo para con los hombres y para con Dios, como lo hizo Él. Solo Él podía decir sinceramente: “Soy manso y humilde de corazón” (Mt. 11:29).

Una vida de servicio a Jehová implica entrega. Josué manifestó su entrega a Dios, al constantemente anhelar cumplir y obedecer Su voluntad. El siervo se caracteriza por renunciar a sus deseos y a su voluntad. Esto es lo que notamos en Jehoshua. Se esforzó día a día a entregarse a lo que Dios quería para él y para Su pueblo. Damos gracias a Dios por la entrega de Josué, pero aún más por la entrega de nuestro Salvador Yeshua. Meditemos en el que puso su

rostro como un pedernal para ir a la cruz y cumplir con lo que Su Padre le había encomendado a realizar en aquél lugar de inmenso dolor. Pensemos en el que se hizo “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”. Quizás la descripción más explícita de la entrega de nuestro Señor la encontramos en la profecía de Isaías. “Yo no fui rebelde, ni me volví atrás. Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos” (Isa. 50:5, 6).

Una vida de servicio a Jehová implica sacrificio. Josué hizo muchos sacrificios para serle fiel a Dios. Sacrificó su honor, su tiempo, su reputación, su fuerza, y muchas cosas más, por el afán que tenía de glorificar a nuestro Padre. Quizás en este punto es donde encontramos el contraste más grande entre Josué y Jesús. Josué sacrificó ciertas cosas que fueron muy loables, pero no tuvo que sacrificar su vida. Jesús sí lo hizo. Sacrificó su vida para darnos a nosotros vida eterna. Glorificamos a Dios por aquél quien lo dio todo en Su servicio a Dios por nuestro bien. Con razón Dios quiere que contemplemos a Su siervo, Su precioso Hijo, por encima de todos los demás siervos (Isa. 42:1). Si el Señor no ha venido, hagamos memoria de Él, primer día del año, al meditar en el Siervo de Jehová.

Después de que el pueblo de Israel se despidió de Josué, siervo de Jehová; ellos se entregaron al pecado. En vez de adorar al único Dios, adoraron los ídolos de los cananeos. Su gran maldad les hizo exponerse al castigo de Dios. Este será el inicio del periodo en la historia de Israel en la que carecerán, en el mayor de los casos, a líderes que gobernarán conforme al corazón del Señor. Al leer Jueces, los libros de Samuel, Reyes y Crónicas, veremos que se acentúa la

necesidad de que sea levantado un varón de Dios que gobierne justamente al pueblo de Dios. Estas circunstancias de Israel, hacen anhelar la venida de Cristo, el Rey justo, que un día reinará sobre esta tierra en perfecta justicia. Toda gloria sea elevada al Rey de reyes.

URGE UN ECOCARDIOGRAMA

Jueces 3:1-6

Es posible que por presentar ciertos síntomas, un médico te pida hacerte un ecocardiograma, porque quiere determinar cuál es la condición de tu corazón.

Dios lo hace constantemente con nosotros en un sentido espiritual. Permite cosas que sucedan durante la semana para que nos demos cuenta cómo estamos en nuestro andar con Él. Sería bueno que meditáramos en esto a lo largo de la semana antes de disfrutar de comunión con el Señor y con Su iglesia al participar del pan y de la copa.

La realidad es que pasamos demasiado tiempo analizando cuál es la condición del corazón de los demás hermanos. Es tiempo de que nos preocupemos por la condición de nuestro propio corazón.

En un sentido espiritual, ¿cómo saldrías en tu ecocardiograma realizado por Dios antes del partimiento del pan cada semana? Esto debería de ser algo que ocupe tu mente.

Este pasaje en Jueces nos permite meditar sobre este tema.

Esta generación de israelitas no había peleado las batallas que sí habían enfrentado sus padres al conquistar la Tierra Prometida. Dios dejaría a ciertas naciones de los cananeos

para que conocieran cómo era participar en las batallas. Los corazones de los hebreos serían probados a través de eso. Esta palabra “probados” tiene que ver con examinar y comprobar.

Dios puede ver el corazón de cada individuo, de manera que no hizo esto para darse cuenta de algo que desconocía; sino que lo hizo para enseñarles a ellos mismos lo que había en sus corazones. Nuestro Señor siendo omnisciente, sabe exactamente de antemano qué reacción tendremos ante una situación. Él permite cosas en nuestras vidas para mostrarnos cómo andamos realmente delante de Él.

Las guerras no son placenteras. Aunque tenían la victoria asegurada por el poder de Dios, el pueblo de Jehová tendría que esforzarse al combatir contra sus enemigos. Estas batallas fortalecerían el carácter de los israelitas. Estas guerras serían principalmente para ver si iban a obedecer o no la ley de Dios.

Nuestras batallas son espirituales; son en contra del diablo, el mundo y nuestra carne. Las luchas que tuviste esta semana, ¿qué revelan en cuanto a tu corazón? ¿En qué condición llegas a la cena del Señor? Más allá de lo externo, Dios está más interesado en lo interno. Las formas que reaccionaste a cada batalla que tuviste, ¿que dice de ti? ¿qué manifestaste tener en tu corazón?

OTONIEL, EL LEÓN PODEROSO DE DIOS

Jueces 3:7-11

La prueba que Dios puso para los corazones de los israelitas reveló lo que realmente les llamaba la atención. No amaban a Dios ni a Su ley con todo su corazón. Lo que Dios permitió era para hacerles ver que realmente tenían afecto para las mujeres de los gentiles y para los ídolos de los gentiles. Claramente mostraron que sus corazones no se deleitaban en Dios.

Al igual que la semana pasada cuando observamos los primeros seis versículos de este mismo capítulo, nos volvemos a preguntar: ¿En qué condiciones está mi corazón? ¿Es Dios el máximo objeto de mi adoración? ¿Mis afectos se ven enteramente consumidos por Dios? Estas son cosas que debemos preguntarnos.

La adoración a Dios el domingo no es como un switch que llego y prendo mi modo de alabar a Dios. Esto es algo que se desarrolla y se vive a lo largo de la semana.

¿Cuántas veces hemos bebido de la copa y comido del pan indignamente?

¿No ves el daño que le estás causando al Nombre sobre todo nombre?

¿No percibes que tu pecado es como levadura que leuda toda la masa que es la iglesia?

¿Te has puesto a meditar seriamente el dolor que le traes al corazón de Dios?

El Señor que dio Su vida por ti merece que le adores con sinceridad, lo cual sería hacerlo en parte, al venir con un corazón puro. Israel había sido desleal a Dios. Su corazón se había apartado de Su Redentor y había encontrado atracción en los placeres temporales de este mundo y en los ídolos de las naciones. Nosotros tendemos a hacer lo mismo.

¡Oh que el Varón del Calvario disfrutase tener el lugar prominente que Él merece tener en mi corazón!

La ira de Jehová fue encendida y los vendió en manos del rey Cusan-risatim de Mesopotamia. Los siervos de Jehová se convirtieron en siervos de Cusan-risatim por ochos largos años. Para que nos demos cuenta de la terrible condición en la que se encontrarían los hebreos, consideremos que el nombre de este rey significa “doblemente malvado”. Al parecer era el rey de lo que hoy es el oriente de Siria y el norte de Irak. Qué irónico que Israel había quedado en servidumbre bajo el mando de las mismas personas de las que fue sacado Abraham. El padre de los israelitas había sido sacado de Mesopotamia para creer y servir al Dios vivo y verdadero, después de haber sido idolatra. Ahora sus descendientes adoraban y servían a las personas de esa misma región.

El hecho de que la ira de Dios cayó sobre Israel es muestra de lo mucho que él repudia los pecados mencionados. Dios permitió que la niña de sus ojos que él había comprado para sí, fuera vendida para ser poseída por el rey de Mesopotamia. Dios les dio exactamente lo que ellos querían.

¿Por cuánto tiempo más crees que Dios no hará lo mismo contigo?

Tarde que temprano, el Dios que es fuego consumidor, el Señor de gloria de quien haces memoria cada primer día de la semana, tendrá que actuar en cuanto a tu indiferencia, frialdad o pecado. Es hora que tomemos con seriedad al Dios temible y sublime.

Después de ocho años (¡ocho años!), los hijos de Israel clamaron a Jehová para que les librase de este angustiante yugo. Tendríamos que preguntar, ¿por qué tardaron tanto? ¿Por qué no suplicaron la ayuda del Todopoderoso en el primer día que quedaron bajo el dominio de este reino gentil?

El versículo siete nos da la respuesta. Leemos ahí que se “olvidaron de Jehová su Dios”. Fueron desplazando poco a poco a Su Creador hasta que se olvidaron de Él.

¿Cuánto tiempo dejaré yo pasar hasta que le clame a mi Dios y le ruegue que me ayude a hacer morir lo que hay en mí que es desagradable a Él? ¿Cuánto tiempo tendrá que pasar para que le suplique que haga desaparecer mi flagrante indiferencia hacia mis faltas? ¿Tendrán que pasar ocho años para que desee que el Espíritu Santo me haga ver cada acción y cada pensamiento en mí que hieren el corazón de

mi Padre? Ocho años fue mucho tiempo para entonces pedir la liberación de Jehová.

Nuestro Dios es misericordioso. Nunca condona el pecado, pero sí es un Dios lleno de misericordia que socorre a los que se arrepienten y se humillan delante de Él. La Escritura nos dice que les “levantó un libertador para ellos”. Este es un común adjetivo utilizado para describir a los jueces a lo largo del libro de Jueces. Son tipos de Cristo Jesús nuestro Libertador, a pesar de que fue una era muy oscura de Israel. Para nosotros, Dios nos levantó un poderoso Salvador (Lc. 1:69).

El primer juez sería un varón llamado Otoniel. Su nombre significa, “león u hombre poderoso de Dios”. El poder que mostró tener no radicaba en él mismo. Leemos en el versículo diez que “el Espíritu de Jehová vino sobre él”. Se asemeja a nuestro Señor y Salvador. A pesar de que era el Todopoderoso, en Su humildad, Él dependió del poder del Espíritu que vino sobre Él. Esto ocurrió en Su bautismo y en el poder del Espíritu obró para el bien de los hombres y para la gloria de Su Dios.

A través del poder de Dios, Otoniel venció al rey Cusanrisataim. En esto podemos elevar a Dios gratitud por Aquél que venció a Satanás para poder librarnos del yugo en el cual nos tenía. Valoramos infinitamente las palabras de Jesús en Juan 8:32, “conocerán la verdad, y la verdad los hará libres”. Por medio de Su verdad y de Su Palabra es que hemos podido ser rescatados y librados de esa terrible esclavitud en la que estábamos. Otoniel, como todos los demás jueces, no dio su vida para poder darle su libertad a

Israel; pero nuestro gran y glorioso Libertador, Cristo Jesús, sí tuvo que morir y derramar Su sangre para rescatarnos.

Otoniel al ser victorioso, se vio claramente el significado de su nombre que significaba “león u hombre poderoso de Dios”. Se vio también en él el cumplimiento de lo profetizado por Jacob en cuanto a Judá antes de morir. Notemos que Otoniel era de la tribu de Judá. Jacob dijo de esta tribu: “Cachorro de león, Judá; De la presa subiste, hijo mío. Se encorvó, se echó como león, Así como león viejo: ¿quién lo despertará?” (Gn. 49:9). Esto no puede si no hacernos pensar en nuestro victorioso y dominante Salvador siendo presentado en el Apocalipsis como el glorioso León de la tribu de Judá que ha vencido (Ap. 5:5).

Toda la honra sea solamente para el León de la tribu de Judá que tendrá dominio por los siglos de los siglos.

AOD: BENJAMITA Y ZURDO

Jueces 3:12-30

Después de que Israel gozó de paz por un periodo de cuarenta años, al haber sido liberados por el juez Otoniel; el pueblo hebreo volvió a hacer lo malo delante de Dios. Él fortaleció al rey de Moab llamado Eglón para que junto con los hijos de Amón y de Amalec, Israel fuese herido y puesto bajo servidumbre. Esto se prolongaría por dieciocho años hasta que suplicaron el socorro de Dios y Él les levantó un libertador llamado Aod.

Para poder darle a su nación su libertad, Aod tuvo que arriesgarse al ir al rey Eglón, y en su propia morada lo apuñaló y lo mató. Al haberle quitado la vida a Eglón, reunió a los hombres de Israel para ir tras los moabitas para atacarlos. Por la gracia y el poder de Dios, pudieron matar a miles de moabitas. De esta manera pudieron gozar los israelitas de paz por ochenta años.

Algo que llama la atención en esta historia es el hombre al que Dios usó para darle libertad a Israel. La lectura nos informa que Aod era de la tribu de Benjamín y era zurdo. Estas dos cosas resaltan a la vez la debilidad de Aod y la grandeza de Dios.

La tribu de Benjamín provenía del hijo menor de Jacob. Recibió poca tierra en comparación a otras tribus por su baja población. Jacob profetizó que sería un tribu agresiva (Gn.

49:7). En los capítulos 19-21 se involucrará en uno de los peores pecados cometidos en la historia del pueblo de Israel. Aod provenía de esta tribu. Quizás hubiésemos pensado que Dios debiese haber usado a alguien de otra tribu para librar a los hijos de Jacob.

No solo era Aod de la tribu de Benjamín, pero también era zurdo. En esos tiempos, era mal visto ser zurdo porque era supuestamente una señal de debilidad. Quizás hubiésemos pensado que Dios debiese haber usado a alguien que era derecho para librar a los hijos de Jacob. Pero no fue así. Nuestro Dios usa lo que parece ser débil e insignificante para hacer notar Su ilimitado poder y Su infinita sabiduría. Todo lo hace para glorificarse a sí mismo.

Su Hijo, el Señor Jesús, no era débil e insignificante. Él es el gran y poderoso Salvador, Él es Dios Altísimo; pero Él supo lo que fue humillarse al tomar forma de hombre. Él supo lo que fue nacer en una aldea pequeña y desconocida llamada Belén. Él supo lo que fue ser el motivo por el cual la gente criticó a Su madre María. Él supo lo que fue ser de la despiadada y menospreciada Nazaret de donde no sale nada de bueno. Él supo lo que fue la profunda humillación de sentarse a la mesa de los pecadores más grandes. Él supo lo que fue ser la razón por la cual los judíos no creyeron en Él al no poder aceptar que el Mesías moriría desnudo y ensangrentado sobre un madero para malhechores. No hubo vergüenza que Él no haya experimentado.

El hombre podía pensar lo que quería de ese bendito Varón que fue humillado una y otra vez; pero fue a nuestro inmenso y glorioso Señor Jesucristo, a quien el Dios del cielo escogió para ser el Rescatador de todos los hombres. Glorificamos a Dios por rescatarnos por medio de Su Hijo.

Otros podrán menospreciarle, podrán pensar que no hay nada especial en Él; pero para nosotros que hemos creído en Él, Él lo es todo para nosotros.

Alabemos al que libertó nuestras almas de las garras del diablo.

SAMGAR, APARENTEMENTE DÉBIL PERO FUERTE

Jueces 3:31; 5:6, 7

Son seis jueces de Israel que son llamados menores porque se nos dice muy poco acerca de ellos en las Escrituras. Esta fue la voluntad del Espíritu.

A pesar de esto, hay joyas preciosas que podemos encontrar en cada uno de ellos que nos llevan a pensar en nuestro exaltado Señor Jesús.

Los seis jueces menores son: Samgar, Tola, Jair, Ibzán, Elón y Abdón. Hoy consideraremos al juez Samgar.

Él fue hijo de Anat. Al parecer, este nombre es de origen gentil. Vemos aquí uno de muchos ejemplos en el Antiguo Testamento de gentiles perteneciendo al pueblo de Israel al haberse convertido al único Dios vivo y verdadero.

Esto trae a nuestras mentes la gracia de Jesús manifestada a nosotros los gentiles. Al haber nacido, se dijo de Él que sería “luz para revelación a los gentiles” (Lc. 2:32). Su gloriosa luz llegó hasta “Galilea de los gentiles” (Mt. 4:15). Comisionó a Pablo para que le predicara a los gentiles (Hch. 9:15). Aún habiendo estado lejos y ajenos a los pactos y a las promesas de Israel; por medio de la gracia de Cristo, hemos sido

hechos coherederos y miembros del cuerpo de Cristo (Ef. 3:6).

Como gentiles, exclamamos: ¡Gloria a Dios por haberse compadecido de nosotros y por haber destinado a Su Hijo a morir también por nosotros!

Samgar vivió en días durante los cuales se vio una completa desolación en Israel. Los caminos principales se encontraban vacíos por el miedo que posiblemente tenía la gente de ser asaltada. Las aldeas habían quedado abandonadas. Esto reflejaba la condición espiritual de Israel. Se podía palpar el daño que trae el pecado a aquellos que se entregan a él. No olvidemos que en esos tiempos en Israel, todos hacían lo que querían.

Las condiciones de Israel y del mundo eran semejantes a eso cuando vino el Mesías a esta tierra. Según el profeta Isaías, el Hijo de Dios fue como un renuevo y como una raíz en tierra seca. Él vino a remediar la desolación devastadora que había causado en la humanidad el pecado. Con razón Cristo pudo decir, “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Jn. 10:10).

Por último, consideremos en cuanto al primero de los jueces menores, que usó una aguijada para matar a 600 filisteos y así darle a su pueblo la victoria y la libertad. Cada uno de los jueces representan a Jesús salvándonos del pecado. Lo que nos llama la atención de Samgar en la salvación que le dio a Israel, fue el instrumento muy ordinario que usó para llevarlo a cabo. Una aguijada era una vara de unos tres metros que se usaba para punzar al ganado, para raspar el excremento del ganado en el suelo y empleado por los

agricultores para arar la tierra. Dios usó algo tan común como una aguijada para desplegar Su gran poder. Cuán ciertas son las palabras del Espíritu en cuanto a Dios en 2 Corintios 12:9, “mi poder se perfecciona en la debilidad”.

Esto nos lleva a la cruz del Salvador. Dios nos explica algo en 2 Corintios 13:4 que es imposible poder dimensionar plenamente en nuestras mentes. Nos dice que Cristo fue crucificado en debilidad. El Señor Omnipotente fue clavado a un tosco madero en debilidad. ¿Cómo entender esto? ¿Cómo reconciliar Su ilimitado poder con el hecho de que es descrito como sufriendo debilidad sobre la cruz?

En los Salmos 22 y 69 se describe el impacto que tuvo la crucifixión sobre nuestro precioso Salvador. Fue derramado como aguas. Su vigor se secó como una vasija quemada en un horno. Su lengua se pegó a Su paladar por la intensa sed que sintió. Padeció cansancio y Su garganta se enronqueció por clamarle a Dios quien no le escuchó.

Pero esto no significa que Cristo dejó de ser Dios Todopoderoso en Gólgota; ni tampoco creo que en Corintios el Espíritu se refiere al hecho de que Cristo literalmente sufrió debilidad, a pesar de lo que leemos en los Salmos. No es para nosotros decir que Cristo sintió debilidad en aquellas horas. Por el aprecio y la reverencia que le tenemos, preferimos pensar que la debilidad mencionada en 2 Corintios 13:4 se refiere a una aparente debilidad. No fue que Cristo murió en debilidad, sino que ante los ojos arrogantes de la depravada multitud que le vio allí colgado, les pareció que agonizaba un hombre cualquiera que se encontraba extremadamente débil. Lo que no entendían era

que el Creador del universo entero, el que sustenta toda la creación, estaba sufriendo por sus pecados.

Gracias a Dios que estaban muy equivocados. Con gran poder llevó nuestras maldades; con gran poder entregó Su espíritu al tener perfecto control sobre Su vida; y con gran poder resucitaría al tercer de entre los muertos. En el pasaje en Corintios, Pablo escribió “aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios”.

Ante los hombres pareció morir en debilidad, pero realmente lo hizo en la gloria de Su poder ilimitado. Nadie hubiese pensado que un hombre desconocido como Samgar, porque se nos dice muy poco de él; con un instrumento de trabajo muy ordinario, daría la salvación a toda su nación. Nadie hubiese pensado que Cristo, un hombre desconocido y rechazado por muchos, muriendo en una cruz aparentemente débil; realizaría la inmensa obra de la salvación ofrecida para el beneficio de toda la humanidad.

Glorifiquemos al que pensaron que murió en debilidad; pero que siempre fue el Dios Fuerte, para redimir nuestras almas de la esclavitud del pecado.

DÉBORA Y SU CORAZÓN DE FRAGANCIA A DIOS

Jueces 4:1-5:31

La historia de Israel se volvió a repetir. Dios los libró, pero después de un tiempo, volvieron a hacer lo malo delante de Él. En esta ocasión, Yahweh permitió que fuesen vendidos a los cananeos para estar bajo el dominio opresivo y cruel de un pueblo que tenía 900 carros herrados.

Por causa del pecado de la nación y de la apatía demostrada por los varones, Dios permitió que una mujer llamada Débora gobernara a Israel.

Débora y Barac vencieron a los cananeos cuando una mujer llamada Jael mató a Sísara, capitán del ejército enemigo. Usó una estaca y fue en su propia casa. Sísara había huido del campo de batalla.

Al haber vencido a este pueblo, Débora cantó junto con Barac una alabanza a Dios.

¿Qué hacen personas espirituales cuando testifican el poder ilimitado y la misericordia maravillosa de Dios?

Adoran. Alaban. Exaltan. Cantan.

Moisés cantó después del cruce del Mar Rojo. Israel cantó después de que el joven David mató al gran Goliat. Débora y Barac cantaron cuando el rey Jabín y todo su ejército fueron destruidos y derrotados.

¿Nosotros por qué cantamos?

En parte, por el triunfo de la cruz; y por el triunfo de la resurrección.

Nuestro invencible y poderoso Salvador, ganó la batalla más grande, más sobresaliente de todas; y todo por rescatar nuestras almas.

Al considerar el precioso canto de Débora en el capítulo 5 de Jueces, aprendemos distintas cosas sumamente importantes que nos ayudan a nosotros a adorar a nuestro Dios. No podemos hacerlo conforme a nuestra voluntad o conveniencia. Hay lineamientos que Dios marca en Su Palabra para que nuestra adoración sea favorable para Él, como es el caso de este cántico entonado por Débora y Barac.

En primer lugar, el canto estaba dirigido a Jehová y era para loarle. Cantaron dos veces: "Load a Yahweh" (v.2, 9). En su canto expresaron: "Yo cantaré a Jehová, cantaré Salmos a Yahweh" (v.3).

Esto nos hace recordar que al cantar, no lo hacemos por costumbre o porque nos complazca hacerlo; sino que lo hacemos para magnificar el Nombre del Señor al dirigirle a Él nuestros himnos. Cantamos al Señor himnos espirituales con gracia en nuestros corazones (Col. 3:16). No te olvides de

esto al reunirte mañana con el pueblo de Dios. Al cantar, ¡le estás cantando a Él!

En segundo lugar, al observar lo que cantaron Débora y Barac, notamos que en tres secciones del canto, adoraron a Dios por Sus proezas realizadas en el pasado (v.4-8, 13-30). Adoraron a Dios por todo lo que Él hizo para librarles de los cananeos. Repasaron el pasado y buscaron todas las maneras posibles de expresarle a Dios todo el poder y toda la misericordia que Él había manifestado para beneficio de ellos.

Esto mismo es lo que hacen muchos de los himnos que cantamos en la actualidad. En ellos loamos a Dios por Sus eternos y gloriosos atributos; por Su poder demostrado en la creación; por la grandeza y superioridad que solo Él posee; por Su benevolencia siendo constantemente dispensada a nosotros; y por la Persona, la muerte, la resurrección y la exaltación de Su Hijo.

En el partimiento del pan, principalmente cantamos a Dios, y para gloria Suya, sobre las angustias del Salvador. Al cantar, miramos al pasado, para contemplar la inmensa proeza realizada por Jesús al finalizar perfectamente la grandiosa obra de la salvación.

En tercer lugar, Débora y Barac cantaron para la gloria suprema de Dios, pero también lo hicieron para motivar a que todos los demás en el pueblo hicieran lo mismo (v.9-12). Deseaban que aún los jefes de Israel y los que cabalgaban sobre asnos blancos le adoraran.

En otras palabras, no importa quienes seamos, todos tenemos la obligación de rendirnos ante el Dios de majestad y adorarle de todo corazón. El Espíritu nos une a otros que comparten el mismo deseo que tenemos de ensalzar a nuestro Libertador.

Por último, el canto lo finalizaron bendiciendo a Yahweh por la bendición que son aquellos que le aman (v.31). De una manera muy hermosa se expresaron de ellos al decir que los que aman a Dios son “como el sol cuando sale en su fuerza”.

A través de esto, aprendemos que la verdadera adoración a Dios va acompañada de un amor incomparable a Él; y que los que adoran a Dios, deben brillar como el sol al manifestar siempre la gloria de Dios en sus vidas.

EMPOBRECIDOS

Jueces 6:1-10

La historia de Israel durante el tiempo de los jueces es cíclica. Se repite una y otra vez. Pecaban, Dios los entregaba a un enemigo para estar bajo su dominio, ellos le suplicaban que los rescatara y Dios hacía eso mismo. Por un lado, esto muestra la necedad del hombre en su pecado; pero también señala la inagotable misericordia de nuestro gran Dios.

La realidad es que nuestra condición se asemeja mucho a la de la casa de Israel en aquellos tiempos. ¿Cuántas veces persistimos nosotros en la locura de nuestra maldad, dándole la espalda a la constante misericordia de Dios que quería salvarnos por medio de Su Hijo? Aún después de habernos apropiado de la obra vicaria de Jesús, ¿quién no es un persistente benefactor de la inmensa misericordia de nuestro Padre?

Después de que Débora y Barac libraron a su pueblo de la mano de los cananeos por obra de Dios, volvieron a perseverar en el pecado. En esta ocasión, Dios permitió que fuesen entregados en mano de los madianitas por siete años. Madián se ubicaba en el desierto al norte de la península de Arabia. No se nos olvide que las personas de este pueblo eran descendientes de uno de los hijos de Abraham con Cetura. Cuando Moisés mató al egipcio, él huyó a Madián para esconderse de Faraón quien quería matarle. Madián

significa “contienda”; y en verdad, ¡qué contienda tendría Madián contra Israel!

La mano de Madián prevaleció contra Israel. Esto quiere decir que estuvieron en contra del pueblo hebreo y los oprimieron en gran manera. Los hijos de Jacob tuvieron que alejarse de donde vivían para vivir en los montes y en cuevas. Su pecado les inhibió vivir tranquilamente en todo el territorio que Dios le había dado a cada tribu. Tuviron que edificar fortificaciones porque los madianitas y amalecitas destruían sus campos. Esto resultaba en que las personas y los animales en Israel pasaran tiempos muy difíciles de hambruna. El pueblo de Dios vivió tiempos de extrema pobreza.

No fue hasta que se encontraron en estas circunstancias tan precarias que se acordaron de Dios. Le clamaron y Él les escuchó. ¡Qué Dios tan misericordioso es nuestro Padre a quien adoramos! Les envió un profeta para informarles que Él los libraría así como lo había hecho de la esclavitud de los egipcios. Les dijo: “Yo soy Jehová vuestro Dios; no temáis a los dioses de los amorreos, en cuya tierra habitáis; pero no habéis obedecido a mi voz”. Con esto les dio a entender que Él no cambia y que no debían temer; y que si habían sufrido, había sido por su rebeldía.

Al estar muy próximos a otro día del Señor y el inicio de otra semana, sería provechoso que una vez más consideráramos nuestra condición. No celebres la cena del Señor solo por cumplir. Hazlo en la mejor condición espiritual posible. Meditemos en lo cierto que son las palabras del Espíritu a través de Salomón en Proverbios 14:8, “La sabiduría del prudente está en entender su camino”. El sabio analiza su

condición delante del Señor. Al hacer esto, cada uno de nosotros podemos encontrar hábitos, actitudes, emociones y actos que no son agradables a Dios. Hay pecados que llegamos a consentir.

El problema es que en esa condición afrentamos el bendito Nombre de nuestro Salvador y somos impactados de una o de otra manera negativamente como sucedió con Israel. Madián se ve atractivo y queremos hacer lo que ellos hacen, pero terminan destruyendo nuestras cosechas, haciéndonos quedar empobrecidos espiritualmente delante del que nos amó hasta la muerte. Nos llevan a sentir miedo, nos roban nuestra paz en Cristo y nos hacen alejarnos del disfrute de nuestra herencia.

Dejemos de darle gusto a la carne, no sigamos dándole lugar al diablo y no perseveremos encontrando atracción en el mundo. Ellos solo pueden traernos amargura de corazón y solo pueden dejarnos con las manos vacías. Aférrate al Señor, en quien lo tenemos todo, aquél que sufrió la cruz por todos nosotros; y adórale de todo corazón. En Él somos ricos, ¿por qué continuar empobrecidos por nuestros enemigos?

GEDEÓN, EL JUEZ HUMILDE Y SUMISO

Jueces 6:11-40

Aquí encontramos otro ejemplo en el que la sombra y la sustancia se encuentran cara a cara. Gedeón al estar sacudiendo trigo en el lagar, recibió la visita del Ángel de Jehová, quien se sentó debajo de la encina en Ofra para hablar con él. La sombra es Gedeón; la sustancia es Jesucristo, porque no hay duda alguna que el Ángel de Jehová era nuestro Señor Jesús.

Como con todo tipo, Gedeón solo es una pequeña sombra comparado a nuestro Altísimo. Como con todo tipo, hay cosas en las que Gedeón se asemeja al Salvador; pero de otras maneras hay grandes contrastes entre ambos.

El Señor había llegado a visitar a Gedeón para llamarle a librar a los israelitas de la mano de los madianitas. Él sería el próximo juez en Israel.

En primer lugar tendríamos que notar una gran diferencia entre Gedeón y el Señor Jesús, porque leemos que Gedeón dudó de los propósitos de Dios. Cuestionó si realmente Jehová estaba con ellos. En esto difiere Gedeón completamente de nuestro amado Señor. Él jamás dudó de los designios de Su Padre. Voluntariamente dio su espalda a los que le flagelaron (Isa. 50:6). No hubo momento en el que

desistiera de cumplir la voluntad de Su Dios (Jn. 8:29). Puso Su rostro como un pedernal o como una roca firme para padecer todo lo que tenía que padecer (Isa. 50:7). Obedeció hasta la muerte, aún si era muerte por crucifixión (Fil. 2:8).

Ahora notemos una semejanza entre Gedeón y el Hijo unigénito de nuestro Padre. El Ángel de Jehová le dijo a Gedeón: “Ve con esta tu fuerza, y salvarás a Israel de la mano de los madianitas. ¿No te envió yo?”. Tanto Gedeón como el Señor fueron comisionados por el Señor para salvar a otros. Gedeón rescataría a Israel del dominio de Madián; Cristo rescataría a pecadores perdidos en sus delitos y pecados. Amamos el nombre Jesús porque nos recuerda que el Dios-Hombre vino a salvar a Su pueblo de sus pecados (Mt. 1:21). A la vez en este punto se asemejan, pero a la vez también difieren. Gedeón no derramaría su sangre para librar a Israel; el Salvador del mundo sí tendría que derramar Su preciosa sangre para redimirnos de la maldad.

Sería provecho que observáramos la humildad de Gedeón. Al ser llamado para salvar a su pueblo, él no creyó ser la persona indicada para llevar a cabo esa proeza, porque su familia era pobre en Manasés y él era el menor de la casa de su padre. La falta de presunción y pretensión en Gedeón, trae a nuestras mentes la asombrosa y admirable humildad del Príncipe de Paz. El que colocó las estrellas en los cielos y al que un día todos los reyes se postrarán ante Él; un día se postró ante Sus apóstoles para lavarles sus pies sucios. El Rey del universo no vino para ser servido sino para servir. El que es el centro de la atención de la gloria de millones de ángeles en el cielo, aquí en la tierra no buscó lo Suyo propio, sino lo de los demás.

Gedeón manifestó también algo de la perfecta sumisión que encontramos en el Hijo bendito de Dios. Este juez le pidió en dos ocasiones al Ángel de Jehová que le mostrara señales para confirmarle que Su voluntad estaba siendo cumplida. Fuego consumió su ofrenda y el vellón no amaneció mojado a pesar de estar expuesto al rocío. Después de que el Ángel de Jehová realizó estos milagros, Gedeón recibió la confirmación que buscaba para proseguir. No se compara con la sumisión que mostró el Señor Jesús a Su Padre. Desde la eternidad, en todo momento durante Su vida aquí en la tierra y por toda la eternidad, siempre se ha sujetado perfectamente a los propósitos de Su Dios.

Terminamos viendo la valentía de Gedeón en obedecer la orden del Ángel de Jehová de derribar el altar dedicado a la adoración del dios falso llamado Baal que era de su padre. También debía de cortar la imagen de Asera. Al hacer eso, debía sacrificarle a Dios un toro en holocausto. Al haber hecho eso, la gente se fue en contra de Gedeón y él tuvo que sufrir rechazo y amenazas. Con esto no podemos sino pensar en nuestro Salvador derribando al enemigo de nuestras almas a través de lo que logró en el madero y en Su resurrección. Si Gedeón sufrió, ¡cuánto más nuestro Señor!

De igual manera nos damos cuenta del cambio que produjo Gedeón. Derribó un altar y una imagen de dioses paganos para que se adorara al Dios vivo y verdadero a través de un holocausto ofrecido enteramente a Él. A través de Su obra y de Su evangelio, nuestro Señor también transforma la idolatría en adoración al único gran Dios. Mañana, primer día de la semana, nos reuniremos, ya no para adorar a los ídolos de la vida pasado, sino para adorar al Señor de gloria.

GEDEÓN- EL JUEZ CON UN ESPÍRITU ADORADOR

Jueces 7

Los madianitas estaban situados al norte del campamento de Gedeón, listos para atacarles en cualquier momento. Antes de que Dios le entregara este pueblo a los israelitas, había algo que le preocupaba a Dios y que tenía que resolverse antes de que se llevara a cabo la batalla.

Yahweh veía que como el ejército de Gedeón era muy numeroso, si Su pueblo ganaba la guerra, ellos se gloriarían contra Él y se gloriarían en sí mismos. Dios formuló un plan en el que el número de soldados de Gedeón pasaría de 32,000 a 300 guerreros.

En primer lugar, Gedeón le daría la opción a sus hombres que los que sentían miedo podían retirarse y regresar a sus hogares. Hubieron 22,000 hombres que se retiraron. En segundo lugar, Gedeón llevaría a los restantes a las aguas. Dependiendo cómo bebían las aguas, eso determinarían quienes se quedarían y quienes también se retirarían. Al hacer esto, únicamente quedaron 300 varones dispuestos para pelear contra los madianitas.

Dios le aseguró a Gedeón que con estos 300 soldados ganaría la guerra. Para asegurarle en cuanto a esto, Dios le instruyó a Gedeón que se acercara de noche al campamento de los

madianitas para que escuchara lo que hablaban. Al hacerlo, les escuchó hablar sobre un sueño que habían tenido. Un varón contaba como había visto un pan de cebada rodar hacia su campamento y les destruyó. El que oyó el sueño, aseguró que este sueño describía la espada de Gedeón y como los madianitas y amanecidas habían sido entregados por Dios en manos de los israelitas.

Esto hizo que Gedeón se postrara en su corazón y que adorara en su espíritu a su gran Dios Rescatador.

Gedeón prosiguió al mandar a sus 300 soldados a salir a la batalla con trompetas y con cantaros vacíos con teas ardiendo dentro de ellas. Al sonido de la trompeta de Gedeón, saldrían y derrotarían a los madianitas. Gedeón y su ejercito fueron victoriosos, muestra de ello fue que tomaron y mataron a dos príncipes de los enemigos.

El hecho de que Gedeón siguiera las indicaciones de Dios para disminuir considerablemente el total de hombres a su disposición para la guerra; no solo fue muestra de su fe, pero también de su deseo de que Dios- y no él- fuese glorificado. El espíritu adorador de Gedeón es un débil destello de aquél quien fue el adorador más devoto y más profundo de todos; nuestro sublime Salvador.

Desde que estuvo en el vientre de Su madre, desde que nació y desde que estaba a los pechos de Su madre; Él adoró a Su Padre reconociéndolo como siendo Su Dios. A la edad de doce años continuó mostrando este mismo deseo. Al ser encontrado por sus padres terrenales en el templo, Él les dijo: “¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Lc. 2:49). El médico Lucas resume todo

esto al decirnos de Él que “Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres”.

En Su ministerio público perseveró adorando en todo lo que hacía. Cada palabra que pronunció, fue para la gloria de Su Padre. Cada enfermó que sanó, fue para la gloria de Su Padre. Cada individuo a quien perdonó de sus pecados, fue para la gloria de Su Padre.

El hecho de que haya purificado el templo de Su Dios, es un excelente reflejo de Su espíritu adorador. Hizo lo que hizo y dijo lo que dijo porque Su celo por la gloria de Su Padre en el templo le consumía por completo (Sal. 69:9). Durante estos tres años y medio, al pensar en lo que sufriría en el madero, Él le dijo a Dios: “Padre, glorifica tu nombre” (Jn. 12:48).

La noche antes de morir al estar reunido con los Suyos tuvo muy presente el querer honrar a Su Dios. Él dijo en Su oración: “Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti” (Jn. 17:1). Aún cuando sabía todo lo que iba a padecer, Él deseaba adorar a Su Padre.

No hubo momento en el que Cristo rindió más gloria a Su Dios cuando sufrió y dio Su vida en la cruz. Murió para pagar por los pecados de la humanidad; pero por sobre todas las cosas, murió para glorificar a nuestro Dios.

Damos gracias a Dios por el espíritu adorador de Gedeón; pero aún más, por el espíritu adorador del Hijo de Dios.

GEDEÓN, EL JUEZ QUE GANÓ Y PERDIÓ BATALLAS

Jueces 8

Después de un triunfo, viene una tentación. Esto es algo que se repite a lo largo de la Palabra de nuestro Dios. Esto lo experimentaron Gedeón, nuestro perfecto Señor Jesús y muchos más.

Gedeón había vencido al ejército innumerable de Madián con un ejército pequeño a través del poder de Dios. La gracia del Señor había permitido que Gedeón cumpliera con el propósito que el cielo tenía para él. Pero después de este triunfo, notamos en el texto que vinieron a él distintas tentaciones. Las primeras las pudo resistir, pero las demás no pudo hacerlo y sucumbió ante ellas.

Ante la intensa interrogación que le hicieron los de la tribu de Efraín, no se alteró, sino que les contestó con una “blanda respuesta” (Pr. 15:1) y mostró un ejemplo más de la humildad que le caracterizaba.

Después de esto, Gedeón cometería falta tras falta, por lo que leemos en este capítulo ocho del libro de los Jueces.

Al ir en búsqueda de Zeba y Zalmuna, reyes de Madia, Gedeón le pidió comida a los de Sucot para sus trescientos hombres. La respuesta agresiva que recibió, lo enfureció al

grado que les amenazó que trillaría su carne “con espinos y abrojos del desierto”. Al pasar por Peniel, de igual manera les pidió comida; y ellos también se lo rechazaron. En el caso de ellos, les amenazó que regresaría para destruir su torre. Después de prender a los reyes madianitas, hizo a los de Sucot y a los de Peniel tal y como él se los había advertido. Esta fue la primera derrota de Gedeón después de su gran triunfo.

Sería tentado por tercera vez cuando sus hombres le quisieron reconocer como señor de ellos. La propensión del corazón del ser humano, sería aceptar tal reconocimiento. Pero Gedeón se los negó porque él sabía que era Jehová quien debía ser reconocido únicamente como Señor de ellos. Hay uno solo que nosotros debemos reconocer como el Señor de nuestras vidas. Lo glorioso que es nuestro Salvador y lo que pagó sobre el madero, lo hacen a Él, y únicamente Él, ser nuestro Señor.

Después Gedeón le pidió a sus hombres que le dieran sus soldados los zarcillos del botín. Ellos cedieron gustosamente y con esas joyas Gedeón hizo un efod. Esta prenda sacerdotal se convertiría en otra tentación mencionada en este capítulo que recibió este juez de Dios. Gedeón, su familia y todo Israel caerían en la idolatría por causa de este objeto que él había hecho. Esta fue la segunda derrota de Gedeón después de su gran triunfo.

Este siervo de Dios terminó sus días con muchos hijos y con muchas concubinas. Había permitido que el deseo ilícito por las mujeres dominara su corazón. El diseño de Dios para el matrimonio siempre ha sido la unión entre un solo hombre y una sola mujer. La poligamia en la vida de Gedeón fue de

completo desagrado para nuestro Dios que es infinitamente santo. Esta fue la tercera derrota de Gedeón después de su gran triunfo.

Veamos cómo podemos comparar una vez más a Gedeón con el Señor de gloria, específicamente en Su forma de reaccionar a las tentaciones. En el caso de Gedeón y de todos nosotros, después de un éxito en nuestra vida, viene una tentación, y la triste realidad es que muchas veces cedemos y pecamos. El único con el que no sucedió esto- y era imposible que sucediera- fue con el Hijo de Dios.

Un triunfo para Él fue haber sido reconocido públicamente y audiblemente por Su Padre al ser bautizado. Desde los cielos se escucharon las palabras, “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”. Después de este gran reconocimiento de Dios mismo, Cristo Jesús fue al desierto a orar y ayunar. Después de pasar esos cuarenta días de comunión con Su Padre, nuestro adversario se presentó a Él para tentarle en una variedad de maneras. Esto debe recordarnos el sacrificio que fue para el Señor el haberse encarnado. Por haber tomado forma de hombre, Él sufrió muchas cosas que nosotros padecemos. En este punto, no podemos entender lo que habrá sido para el Santo y Justo sentir la presencia infinitamente depravada y malévolas del diablo.

En esa ocasión en el desierto, Satanás intentó hacer que Cristo pecara al tentarle de tres maneras distintas. Le pidió que convirtiera piedras en pan. Le pidió que se postrara ante él para darle todos los reinos del mundo. Y le pidió que se lanzara del pináculo del templo porque ángeles serían enviados para guardarlo. Gedeón triunfó, pero después fracasó. No así en el caso de nuestro Señor. Por causa de su

naturaleza incorruptible, para Él solo había triunfo tras triunfo, porque era absolutamente imposible que pecara.

Permitamos que la pureza de nuestro Amado, nos lleve a adorarle de todo corazón. Este atributo Suyo, solo es una de las muchas razones por las cuales le adoramos únicamente a Él. Jesús está por encima de Gedeón y de cualquier otra persona. Una de las razones es porque solo “Él es puro” (1 Jn. 3:3). Muchos como Gedeón, fueron personas que aunque hicieron mucho bien, no pudieron siempre vencer la tentación. ¡Cuán singular es nuestro precioso Salvador! No pudo ser vencido por el pecado, sino que mas bien llevó el pecado sobre sí en la cruz y resucitó de entre los muertos para permitirnos a nosotros triunfar sobre la maldad.

ABIMELEC- EL JUEZ SIN NINGUNA EXCELENCIA DE CRISTO

Jueces 9

Todos los jueces de Israel tuvieron fortalezas y debilidades como cada uno de nosotros. Sus fortalezas son pequeños destellos de las impresionantes virtudes de Jesús; y sus debilidades se contrastan enormemente con las perfecciones indescriptibles de nuestro Salvador. Amamos y adoramos a nuestro Señor porque no hay ni un solo defecto en Él; y que cualquier parecido que un hombre ha tenido con Él, solo es una sombra muy débil de lo supremo y lo grande que Él es.

Consideremos al juez Abimelec. En el caso de los otros jueces que hemos estudiado, a pesar de que eran criaturas débiles, pecaminosos y mortales; hemos podido verlos como figuras de nuestro bendito Señor. De alguna u otra manera, aunque sea muy débilmente, otros jueces mostraron ciertas cualidades que nos llevaron a meditar en el Hijo de Dios. En el caso de Abimelec, no hay un solo atributo suyo que se pueda asemejar con el Varón de dolores que dio Su vida por nosotros. La flagrante imperfección e inmoralidad de Abimelec despliega las excelencias morales que únicamente podemos encontrar en nuestro Señor.

Vemos la humildad de Jesús en el hecho de que Abimelec se propuso a sí mismo como juez. No fue que hayan pensado que sería buen gobernante, sino que pareciera que solamente

aceptaron su propuesta porque era familiar de ellos. Su comportamiento acentúa la bajeza de Cristo quien “no vino a ser servido, sino a servir” (Mt. 20:28). Para poder llegar al trono, Él voluntariamente se dispuso para ser el sacrificio perfecto ofrecido sobre el madero. Sufrió la muerte más humillante. Esto es completamente opuesto a lo que vemos en Abimelec. Fue el Padre de nuestro Señor Jesucristo, y no Él mismo, quien lo exaltó y glorificó. Los que nos hemos sujetado a la voluntad del Hijo de Dios, lo hemos hecho voluntariamente; y no porque Él nos haya obligado a hacerlo. ¡Cuánto placer le ha de dar a Dios ver a personas rindiéndose en adoración a Su Hijo porque ese es el deseo de su voluntad!

Notamos la rectitud de Jesús en el hecho de que Abimelec mató a setenta de los hijos de Gedeón para que no se interpusieran en el poder corrupto que buscaba ejercer. Damos gloria a Dios por la pulcritud de Su precioso Hijo. Un día Él gobernará sobre todas las cosas. No será porque le quitó la vida a personas injustamente como lo hizo Abimelec; sino que mas bien Él dio Su propia vida para el beneficio de aquellos que le aceptarían como Señor y Salvador. Abimelec se dejó ganar por la ambición lo cual le llevó a cometer una terrible atrocidad con la matanza de tantas personas. En el caso de Jesús, no había manera de que ningún tipo de pecado afectara Su ser ni en lo más mínimo. Aún en esas horas de oscuridad y de profundo dolor, Jesucristo siempre fue recto. Fue hecho pecado, pero no pecador. Las sectas niegan la impecabilidad de Cristo. Para nosotros, la perfección y santidad de Jesús es motivo para que le honremos y alabemos.

Observamos la grandeza de Jesús en cuanto al gran triunfo

de Su obra que vino a realizar en la vergonzosa derrota que sufrió Abimelec. Aquél que pensó ser invencible terminó siendo derrotado y así mostrando que no era ningún fuerte ni valiente. Al contemplar la muerte y la resurrección del Cordero de Dios, sí vemos sufrimiento y humillación, pero al final encontramos que el exaltado Hijo de Dios fue victorioso. Alabamos a uno que venció, a uno que ha sido exaltado y a uno que reinará por siglos mil.

JEFTÉ- EL JUEZ DE DOS GRANDES CONTRASTES

Jueces 11:1-12:7

El juez Jefté es un ejemplo de fe (Heb. 11:32). Hubieron también aspectos de su vida que se asemejan a nuestro Salvador.

Despreciado

Jefté era de Galaad, o sea del otro lado del Jordán, y también era hijo de una mujer ramera. El hecho de que provenía de dicho lugar y de dicha unión matrimonial, le habrá costado a Jefté sufrir desprecio. La mamá que tenía le costó no heredar lo que le correspondía de la casa de su papá. El rechazo fue a tal grado que tuvo que salir huyendo de sus hermanos para morar en Tob.

En el caso de nuestro Señor, Él también fue de un lugar no bien visto. Según Natanael, nada bueno podía salir de Nazaret. Este lugar no es mencionado ni una sola vez en el Antiguo Testamento. Los de Judea se burlaban por la forma en la que hablaban los de Galilea. El entorno familiar de Jesús se agravó ante la sociedad cuando se supo que María había quedado embarazada antes de casarse con José. Lo más seguro es que Él sufrió burlas por causa de esto. Vemos también en nuestro Salvador el hecho de que sus propios

hermanos no creyeron en Él. Los hijos de María y todo el pueblo Hebreo, le despreció y desechó.

Acompañantes

Al irse Jefté a aquél lugar, se reunieron con él hombres pobres, desocupados, vacíos y sin valor. Eso es lo que da a entender la palabra “ociosos” que aparece en el texto de la versión Reina Valera 1960. Con estos hombres, él ganaría la batalla contra los de Amón y con los de Efraín.

¿Qué tipo de personas se han juntado con Cristo? El Espíritu dice en Corintios que fuimos nosotros, los más viles y los más menospreciados. En Su gracia, el Señor quiso recibir a los publicanos y pecadores. En Su misericordia, nos eligió a nosotros a pesar de que éramos fornicarios, idólatras, adúlteros, afeminados, ladrones, avaros, borrachos, maldicientes, estafadores, y mucho más. Por medio de Su sangre nos limpió y por medio de Su Espíritu nos regeneró. Somos de Él y Él es nuestro. Mañana nos sentaremos a Su mesa, algo que jamás merecíamos, y le adoraremos al comer del pan y al beber de la copa. Nos permite también servirle y para Su gloria hacemos grandes proezas por Su gran poder.

Vindicado

Después de que su familia lo humilló, Jefté fue buscado por los ancianos de Galaad, de donde él era, para que él les comandara al pelear contra los de Amón. Jefté se quedó atónito por el hecho de que ellos le hayan pedido esto cuando le habían aborrecido en el pasado. Los de Galaad le

aseguraron que se sujetarían a él y que tenían plena confianza en él para que se ganara la batalla. El que había sido despreciado, ahora había sido elegido como caudillo y jefe de ellos. Jefté de esta manera fue vindicado. Aquél que había sido tratado injustamente, ahora estaba siendo reconocido y respetado. Jefté, por el poder de Dios, también gozaría triunfos sobre los opresores y opositores de su pueblo.

Nuestro Señor que fue humillado al grado de sentirse como un gusano, un día será confesado como Señor por todos en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra. El que sufrió la peor muerte, se sentará sobre el trono más alto. El que fue desechado por muchos, será adorado por millones y millones de ángeles y de personas que Él redimió con Su sangre. De esta manera, el Hijo eterno de Dios será por siempre vindicado. Una de las cosas que permitirá que Él goce de todo esto, será que Él vencerá a todo ejército.

Devoto

Este juez le prometió a Dios, que si ellos le ganaban a los amonitas, él le ofrendaría al Señor la primera persona en recibirle al regresar a casa. Resultó ser que la primera persona que vio fue a la única hija que tenía. Esto le causó gran tristeza a Jefté, pero tuvo que cumplir su voto a Jehová. No significó que la tuvo que matar como piensan algunos, sino que Jefté la entregó a Dios para no poder casarse y quedarse virgen de por vida. Este acto mostró la devoción que Jefté le tenía a Dios. Hizo lo que tuvo que hacer para cumplir su palabra.

La devoción de Jesucristo a Su Padre no puede compararse con la de ninguna otra persona. Nuestra devoción es muy pobre, muy débil y muy inestable. La devoción de nuestro precioso Señor a Su Dios fue sumamente valiosa, sumamente intensa y sumamente leal. Cumplió Su Palabra y Su voluntad sin importar lo que le costaría. Entregó todo Su Ser a Dios en cada momento de Su vida aquí y se consagró enteramente a Él al dar Su vida por la humanidad.

Adoremos a nuestro Dios y Salvador.

ANUNCIO DEL NACIMIENTO DE SANSÓN

Jueces 13:1-7

El próximo juez en Israel sería Sansón. Es el juez del que más se nos dice acerca de su vida. Por ejemplo, el Espíritu Santo aún nos detalla acerca de la comunicación divina que recibieron sus padres en cuanto a su concepción, su nacimiento y el llamado singular para su vida. En esto se asemeja mucho al anuncio del nacimiento de Cristo Jesús.

En el caso del nacimiento de Sansón, el ángel de Jehová le dio el anuncio a su madre; y en el caso de Jesús, el ángel Gabriel le dio el anuncio a su madre María. La esposa de Manoa recibió la visita del ángel de Jehová al estar sola. Veremos la próxima semana que podemos ver a nuestro glorioso Salvador en la identidad de ese ángel. María recibió la visita del ángel Gabriel al estar sola. En los dos avisos vemos la importancia de los nacimientos, dado que seres descendieron del cielo al dar los anuncios. Obviamente el anuncio del nacimiento del Señor Jesús fue infinitamente más importante que el de Sansón.

Dios le hizo saber a ambas madres que el nacimiento de estos dos hijos serían a través de su poder milagroso. La mujer de Manoa quedaría embarazada a pesar de haber sido estéril y de no haber podido tener hijos. El milagro en María sería distinto pero aún así sería por el infinito poder del

Omnipotente. Ella estaba comprometida a contraer matrimonio con José. Era una mujer virgen y piadosa. Aún sin contraer relaciones conyugales con José, el Espíritu Santo vendría sobre ella y le cubriría con su sombra para que concibiese al Señor.

En lo dicho a la madre de Sansón, se le hizo saber que él cumpliría el voto del nazareato. Se le instruyó: “El niño será nazareo para Dios desde el seno materno”. La esposa de Manoah no iba a poder beber vino ni licor y no podría comer ninguna cosa inmunda. Al nacer Sansón, no debían cortarle el cabello y no debía beber ni comer lo que se prohibía en el voto del nazareo (Nm. 6:1-8). Este voto era para los que anhelaban dedicarse a Dios, apartarse a él y vivir santificadamente.

Sansón cumpliendo con este voto, nos hace meditar en el Señor apartándose devotamente a su Dios. Se entregó a él desde la eternidad; desde su niñez (Lc. 1:80; 2:40, 49, 52); durante toda su vida sobre la tierra; y por toda la eternidad también lo hará. Notaremos que tristemente Sansón no cumplió siempre este voto. En ocasiones se separó a Dios, pero en otros casos le falló terriblemente. El Hijo de Dios era el único que con toda toda sinceridad podía decir en cuanto a la voluntad de su Padre, “Yo hago siempre lo que le agrada” (Jn. 8:29). No hubo un solo acto cometido por él en desobediencia. No hubo un solo momento en el que no se encontró completamente entregado al Dios del cielo.

Por último, notemos la razón dada a ambas mujeres en cuanto al propósito de Dios para las vidas de Sansón y Cristo. A la madre de Sansón se le dijo: “Él comenzará a salvar a Israel de manos de los filisteos”. Antes de que

naciera, Sansón estaba destinado para salvar a Israel del dominio opresor de los filisteos. En el caso de Jesús, hubieron muchas más cosas que se le notificaron a María sobre la grandeza de la Persona y de la obra de su hijo. Su nombre sería Jesús, que significa: “Dios salvará a su pueblo de sus pecados. Sería grande y sería llamado Hijo del Altísimo. Recibiría el trono de David. Al pensar en su nombre Jesús, nos maravillamos de que él había sido elegido por Dios en la eternidad de ser El Salvador de Israel, pero también de todo el mundo. Sería el Salvador, no de una nación dominante, sino del pecado. En esto también Jesús excede por mucho a Sansón.

Al meditar en la superioridad de Cristo por encima de Sansón, en relación a los anuncios de los nacimientos de los dos, hacemos como María y adoramos a Dios por su Hijo que él nos dio. Junto con María decimos: “Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.” Y también: “Grandes cosas me ha hecho me ha hecho el Poderoso; y santo en su nombre”.

EL MAJESTUOSO MENSAJERO DE JEHOVÁ

Jueces 13:8-23

Después de que la esposa de Manoa le refirió todo lo que el ángel del Señor le había comunicado acerca del nacimiento de su hijo Sansón, Manoa le oró a Jehová pidiéndole que una vez más les visitara el varón. Dios escuchó su oración y su ángel visitó una vez más a su esposa.

En este evento y en otras apariciones del ángel de Jehová en el Antiguo Testamento; no podemos sino deducir que estas fueron ocasiones en las que el Señor Jesús vino a la tierra en la apariencia de un ángel o un varón. Debemos ser claros y afirmar que esto no significa que Cristo sea un ángel o un mero varón. Él es Dios; y tiempo después tomaría forma de hombre y sería Dios y hombre a la misma vez. Antes de que naciera en Belén, todo indica que él era comisionado por su Padre para venir a la tierra para realizar ciertas actividades y lo hacía en la apariencia de un ángel o un varón.

No debe incomodarnos pensar en nuestro Salvador como el Ángel de Jehová. No solo no es un ángel, sino que venía en la apariencia de un ángel; pero también es bueno considerar que la palabra “ángel” en hebreo es sinónimo de las palabras “mensajero” y “representante”. ¿No es Cristo el majestuoso mensajero de Jehová? ¿No es Jesús la imagen y el representante perfecto de Dios?

Notemos distintas semejanzas que hay entre el varón que visitó a Manoa y a su esposa; y el Señor de gloria que vino a morir sobre un madero.

Inmediatamente la esposa de Manoa le fue a avisar que el varón enviado de Dios le había visitado por segunda vez. Al verle, Manoa le preguntó: “¿Eres tú aquel varón que habló a la mujer?” Su respuesta debe llamarnos la atención en gran manera; porque él le respondió: “Yo soy”. ¿Quién es el “Yo soy” de la Biblia sino nuestro Amado? Él se reveló como siendo el “Yo soy” a Abraham (Gn. 15:1; 17:1); Isaac (Gn. 26:24); Jacob (Gn. 28:13; 31:13; 35:11; 46:3); Moisés (Éx. 3:6, 14); la mujer de Samaria (Jn. 4:26); sus apóstoles (Jn. 6:20); y los soldados que le arrestaron (Jn. 18:5).

También están todas esas frases fenomenales que disfrutamos tanto que el “Yo soy” dijo de sí mismo y que nos revelan su grandiosa Persona. El majestuoso Mensajero de Jehová, el “Yo soy”, dijo ser: el pan de vida (Jn. 6:35, 41, 48, 51); la puerta (Jn. 10:7, 9); el buen pastor (Jn. 10:11, 14); la resurrección y la vida (Jn. 11:25); el camino, la verdad y la vida (Jn. 14:6); la vida verdadera (Jn. 15:1, 5). Adoraremos mañana al que lo es todo. Exaltemos de todo corazón al gran y al sublime “Yo soy”.

Al volver al diálogo entre el ángel de Dios y Manoa, vemos que posee autoridad en la palabra que habla. Al explicarle el voto que tendría que guardar Sansón, el varón dijo: “Guardará todo lo que le mandé”. Un ángel no tiene este tipo de autoridad de sujetar a alguien a algún voto. Hace pensar en la autoridad de la Palabra del majestuoso Mensajero del Señor. Con su Palabra creó todas las cosas.

Con su Palabra resucitó a Lázaro. Con su Palabra calmó la tempestad. Con su Palabra pronunció la terminación de su inmensa obra al exclamar: “Consumado es”. Con su Palabra ha transformado la vida de una multitud innumerable que le hemos confesado como Señor y Salvador.

Después de que Manoa le ofreció a Jehová un holocausto en presencia del ángel de Dios, el que sería padre de Sansón, preguntó al varón: “¿Cuál es tu nombre, para que cuando se cumpla tu palabra te honremos?” En esta parte del diálogo hay por lo menos dos cosas que nos hacen ver que Manoa estaba en presencia de Jesucristo.

En primer lugar, si este era un ángel cualquiera, ¿por qué Manoa habló de honrarle? Los ángeles no deben ser adorados. Únicamente Dios debe ser adorado. Manoa tuvo que haber estado hablando con Deidad para pensar que le honraría. En cuanto a esto, podemos ver que quizás el holocausto ofrecido por Manoa a Jehová, fue ofrecido también al Ángel de Jehová; porque siendo Jesús, él podía recibir este tipo de adoración. Nosotros también elevamos nuestra alabanza al Salvador de nuestras almas y le honramos a él porque él es Dios.

En segundo lugar, consideremos la respuesta del varón, en cuanto a la pregunta que hizo en relación a cuál era su nombre. El majestuoso Mensajero y Representante de Dios, respondió preguntándole: “¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?”. Esta palabra “admirable” en hebreo quiere decir: “maravilloso”, “incomprensible” y “extraordinario”.

A parte de Cristo, ¿quién más posee un Nombre que es maravilloso, incomprensible y extraordinario? Hay uno solo en la Biblia que es llamado el “Admirable Consejero” y ese es el precioso Hijo de Dios. ¡Él tiene que ser el majestuoso Mensajero de Dios que habló con Manoa! Todo acerca de Jesús le hace ser el Admirable. Su Persona y sus obras son maravillosas, extraordinarias e incomprensibles. Solo él es digno de que le glorifiquemos y que nos rindamos a él en esta semana que está por comenzar.

Vemos también el poder de Cristo en el poder que manifestó el Ángel de Jehová al hacer que fuego apareciera en el ofrecimiento del sacrificio a Dios. En cuanto al fuego, este elemento de la naturaleza muchas veces indica la presencia de Dios. Pero la indicación más clara de que el majestuoso Mensajero de Jehová que vieron Manoa y su esposa, es la confesión que hizo Manoa, después de que él les dejó. Manoa le dijo a su mujer: “Ciertamente moriremos, porque a Dios hemos visto”.

Muchos vieron a ángeles de Dios y no pensaron que morirían por haber visto a Dios mismo. Isaías al ver al Señor sentado sobre su trono de gloria, dijo: “¡Ay de mí! que soy muerto”. El hombre se maravilla al ver a un ángel; pero al ver a Dios, el hombre se abruma tanto que siente que se va a morir. Cuando vemos a Cristo, vemos a Dios. Cuando contemplamos al majestuoso Mensajero y Representante de Dios, vemos a Dios. Cuando contemplamos a Dios, nos rendimos ante él; y le adoramos y le exaltamos. Cuando vemos al Ángel de Jehová que vio Manoa, decimos como Tomás: “¡Señor mío y Dios mío!”

SANSÓN, EL JUEZ PREPARADO POR DIOS DESDE LA NIÑEZ

Jueces 13:24, 25

Su nacimiento

No nos dice la Escritura cómo fueron las condiciones en las que nació Sansón. Tampoco conocemos mucho de la situación económica de sus padres. A pesar de esto, sí podemos estar absolutamente seguros de que este siervo del Señor no nació en las circunstancias en las que sí lo hizo el Mesías, el Siervo perfecto de Jehová.

En cuanto a nuestro Redentor, la Palabra de Dios sí nos demuestra claramente que José y María eran pobres; y que Jesús nació en un espacio profundamente humilde. Sabemos que eran pobres porque ofrecieron la ofrenda de los pobres al presentar a Jesús en el templo. En el evangelio de Lucas aprendemos con asombro que el Hijo del Altísimo fue envuelto en pañales y fue puesto en un comedero para animales al haber nacido. La palabra “pesebre” mencionada en su nacimiento, conlleva la idea de un establo y de un comedero usado para alimentar a ganado. Vemos, entonces, al Dueño del universo naciendo en suma pobreza. En Corintios aprendemos que esto fue para que nosotros pudiésemos ser enriquecidos en lo espiritual.

Sabemos que Dios envió a su Hijo nacer en este mundo en “el cumplimiento del tiempo” (Gál. 4:4). Dios destinó quién sería el único Salvador, pero también el tiempo en el que vendría a entregar su vida por nosotros. Sansón nació cuando los filisteos tenían bajo su dominio a los israelitas, lo cual se prolongaría durante cuarenta largos años. A Sansón le tocó nacer y servir en una época de gran oscuridad espiritual para su nación.

Mucho peor fue la condición del mundo y de Israel cuando nació el Cristo de Dios. El mundo estaba completamente viciado por el pecado; e Israel y varios territorios estaban bajo el dominio opresivo, perverso y pagano del imperio Romano. Dios sabía en qué época de la historia habría de nacer Sansón, uno de los libertadores de Israel. ¡Cuánto más con nuestro Señor! Su Padre sabía perfectamente en qué condiciones estaban Israel y el mundo cuando vino el Señor. Su Padre también sabía perfectamente que Cristo Jesús nacería en los tiempos del imperio Romano quienes castigaban a ciertos reos con la muerte por crucifixión. Nuestro Dios siempre muestra su completo control sobre los tiempos y los eventos. Envío a su Hijo en ese período de la historia para que muriera sobre una cruz; y así cumplir la profecía del Salmo 22 y para que así padeciera por el pecado de todo hombre.

Damos gracias a Dios por el nacimiento de Sansón, por la forma en la que usó su vida por el bien de su pueblo. Damos gracias a Dios infinitamente más por el nacimiento de Jesús, por el hecho de que vino para completar la inmensa obra de la redención de su Dios en nuestro beneficio.

Su nombre

La Biblia está llena de nombres hermosos con significados preciosos. Manoa y su mujer llamaron a su hijo Sansón. Su nombre quiere decir: “como el sol” o “que brilla”. Nos preguntamos, ¿por qué le habrán llamado así? Lo más seguro es que le llamaron así porque habían visto la gloria de Dios en el Varón que se les había aparecido para avisarles sobre el nacimiento de su hijo. Esta pareja quedó, como si fuera, encandilada por las excelencias de nuestro Padre; y lo más probable es que deseaban que su hijo reflejara las virtudes de Jehová en su vida.

El nombre de Sansón es bello, pero no hay nombre como el de nuestro Señor. Al nacer, la instrucción de Dios para sus padres, fue que le pusieran por nombre Jesús. Eso mismo hicieron. Cuando nació le pusieron este preciosísimo nombre que significa: “Dios salva”. ¿Cómo igualar ese nombre? Nos hace siempre pensar en el que vino para salvar a su pueblo de sus pecados.

Amamos ese nombre que es sobre todo nombre.

*Jesús, tierno nombre de precio y valor,
tu nombre bendito, Jesús Salvador,
por cima de todos, sin par, sin igual,
exhala fragancias de amor celestial.*

– Autor desconocido

Pensamos no solo en la hermosura de su nombre, pero también en él como el reflejo perfecto de la gloria de su Padre. Sansón brilló como el sol para Dios en este mundo,

pero tuvo fallas. Fue un hombre como cualquiera de nosotros con fortalezas, pero también con grandes debilidades. No así el Cordero de Dios. En la gloria y en la tierra siempre brilló en él la magnífica excelencia de Dios. “Él es la imagen de Dios” (Col. 1:15). Él es “el resplandor de su gloria” (Heb. 1:3). Jamás hubo un momento en el que no lo hizo.

Al pensar en el sol y en el brillo del significado del nombre de Sansón, meditamos en el que se transfiguró sobre un monte y su rostro fue como el sol. Consideramos a Juan viendo a Cristo en la gloria, también le miró y vio que su rostro era como el sol. El profeta Malaquías anticipó que habría uno llamado el Sol de justicia que en sus alas traería salvación. Ese Sol de justicia es nuestro amado Salvador, la revelación esplendorosa del glorioso Dios. De Cristo sí se puede decir con precisión que él es como el sol y como el que brilla.

Su crecimiento

Leemos en la Palabra en cuanto al crecimiento de Sansón, que fue un desarrollo bendecido por el Señor Dios. Nuestro Padre fue moldeando e instruyendo a este siervo suyo desde su niñez, como lo ha hecho con muchos de los que le han servido.

Como en cualquier otro aspecto, el crecimiento de Sansón no puede ser comparado con el de nuestro precioso Salvador. En el evangelio de Lucas leemos que “Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombre”. Aún con su Hijo, Dios fue preparando a este Siervo

tan singular para todas las encomiendas que tenía para él. En Isaías 49, donde se profetiza acerca del Señor, vemos algo al respecto. El Siervo de Jehová entendía esto, cuando dijo de su Padre: “el que me formó desde el vientre para ser su siervo”. Jesús creció sabiendo que desde que estaba en el vientre de María, Dios lo había llamado para servirle. Su llamado había sido realmente desde antes de la fundación del mundo. En ese mismo pasaje, el Siervo del Señor, miraba su crecimiento y su preparación como si fuera una saeta bruñida guardada en la aljaba de su Dios. Él fue como una flecha que fue especialmente preparada y guardada para el momento indicado.

El crecimiento de Sansón fue bendecido por Dios, pero ¿cuanto más el de nuestro Señor? Sufrió rechazo, pobreza y anonimato; pero Dios le bendijo grandemente para que su desarrollo fuera de gran agrado para él; de gran beneficio a los que rescataría del pecado; y para que él cumpliera todos sus propósitos.

Glorificamos a Dios por la forma tan sabia en la que preparó al que sería el Salvador del mundo.

Su poder

Al crecer Sansón en el campamento de Dan, de donde era su familia, el Espíritu Santo comenzó a manifestarse en él. El poder de Sanson, no era suyo, sino de Dios. Estaremos estudiando más adelante como él pudo hacer cosas extraordinarias porque el Espíritu estaba sobre él.

Meditemos en cómo esto acentúa el maravilloso ministerio público de Jesús, quien hizo todo en el poder del Espíritu que vino sobre él al bautizarse. Pero esto también señala la humildad de nuestro Mediador, porque él siendo el Dios Todopoderoso, dependió en el Espíritu de su Padre para realizar todo lo que él hizo. Sansón estaba completamente necesitado del poder de Dios para poder servirle. En el caso de nuestro Señor, él lo hizo para comprobar que venía de Dios y para sernos de ejemplo a nosotros que también estamos tan necesitados siempre del poder del Espíritu eterno de nuestro Dios.

Bendeciremos mañana en el día del Señor al Dios Triuno que siempre ha obrado conjuntamente en favor de nosotros por su eterna misericordia. Dios ayude a cada uno a honrarle como él es digno.

SANSÓN- EL JUEZ QUE DESPEDAZÓ A UN LEÓN

Jueces 14

Una esposa gentil (v.1-4)

Sansón tuvo el deseo de casarse con una mujer filistea. Esto estaba claramente prohibido por Dios en su ley. Los israelitas no debían casarse con mujeres extranjeras para que no se fueran en pos de sus dioses. En el caso de Sansón, Dios permitió que se casara con esta mujer de Timnat, porque esto le permitiría tener acercamientos con los filisteos y así poder atacarles. Dios no se contradice en este asunto, porque él siendo quien es, tiene toda la autoridad para hacer lo que él quiera.

Este juez de Israel tomando a una mujer gentil por esposa, nos hace pensar en lo que hizo nuestro Salvador en cuanto a la esposa que él ha tomado para sí mismo. Fue también como José quien se casó con una mujer egipcia y gentil. Nuestro Señor ha elegido la que será su esposa, la iglesia que él ha redimido con su sangre, la cual está compuesta mayormente por gentiles.

Adoramos al Señor, quien ha tomado para sí personas de todo pueblo y toda lengua, para que le sirvamos y para que un día seamos presentados a él como su esposa. Dio su vida para comprarnos; nos ha purificado de nuestros ídolos y de

todo pecado; y ha puesto en nosotros el Espíritu para que le honremos en todo. Como gentiles, estábamos tan lejos de él, y ahora estamos tan cerca a él. Damos gracias a Dios por el que lo dio todo por conseguirse una esposa de tantas etnias y costumbres.

Un león es despedazado (v.5-9)

Al ir junto con sus padres a Timnat para casarse, le salió al encuentro de Sansón un león joven que rugía hacia él. El Espíritu de Dios vino sobre él, y por lo tanto, tuvo la fuerza para despedazar al león como si hubiese sido un cabrito sin contar con algo en su mano como un arma. Cuando esto sucedió, sus padres no estaban cerca de él; y Sansón decidió no relatarle a ellos la increíble proeza que el Espíritu le había permitido llevar a cabo.

El león en la Biblia es uno de los animales, como es el caso de la serpiente, que representa a Jesús y también al diablo. Lo que hizo Sansón con el león, nos hace pensar en lo que hizo Jesús, el León de la tribu de Judá; con Satanás, el león que anda buscando a quien devorar. En la cruz y en la resurrección se demostró muy claramente cuál de los dos leones era infinitamente más poderoso.

Glorificamos a Cristo quien venció al diablo a través de su muerte y resurrección. Le costó tener que dar todo, pero lo derrotó. El León de la tribu de Judá lo hizo alejado de su Padre y de los suyos. Este glorioso león sufrió en soledad para vencer al león perverso. Nos gozamos en el hecho de que ese león malvado ha sido vencido por siempre.

En otro viaje que hizo Sansón, se apartó del camino para ver al león que había matado. Al hallarlo, encontró que en él había un enjambre de abejas y un panal de miel. Sacó esto del animal muerto y disfrutó la miel junto con sus padres. La ley del nazareato prohibía que los que cumplían con ese voto tocaran cadáveres. Aunque Sansón actuó valerosamente, falló al hacer esto. Por medio de Dios, el hombre puede hacer grandes cosas, pero por su naturaleza perversa también comete fallas grandes.

No así con nuestro Salvador. Su obra fue inmensa, pero jamás hizo algo para afrentar el Nombre glorioso de su Padre. Nunca hizo algo para interrumpir su compromiso de entrega total a la voluntad de su Dios.

Unos enigmas no descifrados (v.10-18)

Sansón era dado a decir enigmas que eran difíciles de interpretar. Los filisteos no pudieron descifrar el refrán que les dijo. Únicamente pudieron resolverlo cuando la esposa de Sansón le engañó y le dio la respuesta a los filisteos.

En cuanto a esto, podemos pensar en circunstancias permitidas por nuestro Señor, y por lo difíciles que son, pueden llegar a ser como enigmas, porque no entendemos por qué él las permite. Siempre tenemos que recordar que nuestro Señor todo lo sabe y todo lo puede. Nunca podemos olvidar que todo lo que sucede es por su voluntad y que todo tiene el objetivo de edificarnos y de glorificar su Nombre. Aunque él no nos explique mucho de lo que permite en nuestras vidas, podemos dejar todo en sus

manos, porque él sí sabe las respuestas a todos los enigmas de la vida.

Lleguemos a la cena del Señor, no distraídos con nuestras preocupaciones, sino que lleguemos con nuestra confianza en él para adorarle de todo corazón.

Un hombre bajo el poder del Espíritu Santo (v.19)

Aquí encontramos otra ocasión en la que el Espíritu vino sobre Sansón. Al venir sobre él, de esa manera pudo matar a treinta filisteos y tomar sus despojos.

Al pensar en Cristo, meditamos en el hecho de que el Espíritu descendió sobre él en su bautismo para realizar increíbles milagros. Aunque era Dios él dependió en Dios para realizar todo lo que hizo aquí. Pero él también por su propio poder padeció por los pecados de la humanidad y resucitó triunfantemente de entre los muertos.

Después de manifestar su infinito poder en la obra de la salvación, de acuerdo a Isaías, él un día repartirá los despojos a los poderosos de la tierra. No como cualquier otro entre ellos, sino por encima de ellos, porque él es sobre todos.

Un hombre traicionado (v.20)

El capítulo termina describiendo la gran traición que padeció Sansón en cuanto a su esposa. Ella fue dada como pareja a un buen amigo de Sansón. Imagínate la amargura que habrá

experimentado al enterarse de la traición de los que llevaron esto a cabo, de su propia esposa y de su compañero.

Sin duda, esto nos hace pensar en la traición de Jesús llevada a cabo por los líderes religiosos y Judás Iscariote. Escuchamos el dolor tomar posesión de su corazón al ser vendido por uno de sus discípulos en treinta piezas de plata. Él dijo: “Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar” (Sal. 41:9). Sintiendo la intensa aflicción de haber sido traicionado y vendido, el Salvador del mundo se encaminó por todos nosotros a la cruz.

Alabanzas sean ofrecidas solamente a él.

SANSÓN- EL JUEZ DÉBIL, TRAICIONADO Y SEDIENTO

Jueces 15

Dios usa a personas ordinarias para hacer cosas extraordinarias a través de objetos ordinarios. En este capítulo de Jueces, el Señor permitió que Sansón derrotara a sus enemigos de dos maneras inesperadas.

En primer lugar, Sansón cazó trescientas zorras y las amarró por parejas de sus colas con teas. Estas son astillas de madera que se empapaban con resina y se prendían con fuego. Soltó las zorras en los sembrados de los filisteos y así quemó toda la cosecha de ellos.

Al enterarse los de Filistea quién había hecho tal atrocidad, ellos se vengaron de Sansón al matar a su esposa y a su suegro al quemarles. Cuando Sansón se enteró, él aseguró que los mataría para vengarse, lo cual hizo.

En segundo lugar, Sansón derrotó a los filisteos usando una quijada de asno y mató a mil hombres.

Nadie hubiese esperado que Sansón derrotase a los enemigos de estas dos maneras; usando zorras y una quijada.

Lo mismo encontramos en cuanto a nuestro Salvador. Él sí era el Dios Todopoderoso, pero en su muerte, él cedió a su infinita fortaleza. Permitió que los hombres le castigaran cruelmente y se dispuso a que su Dios le hiriera severamente al cargarle con nuestras maldades.

De acuerdo a Dios, su Hijo “fue crucificado en debilidad” (2 Co. 13:4). ¿Quién iba a pensar que la salvación de Dios, que sería ofrecida a todos, sería a través de él muriendo sobre el tronco de un árbol? El hombre jamás lo hubiese imaginado. Según Isaías, el hombre pensó que Jesús colgó allí para pagar su propio pecado.

¡Cuán equivocados estaban! Aunque Pablo escribió que Cristo “fue crucificado en debilidad”, realmente él estaba conquistando a los enemigos más poderosos que son el diablo, la carne, el mundo, el pecado, la muerte y el infierno. Murió en aparente debilidad, cuando realmente realizaba la obra más poderosa que jamás se ha llevado a cabo.

Terminamos al considerar otras dos semejanzas entre Sansón y Jesucristo. Al estar escondido Sansón en una cueva, varios hombres de Judá llegaron a donde estaba, para arrestarle y entregarle a los filisteos. Realmente él fue traicionado por estos hombres. Esto nos hace pensar en la terrible traición que sufrió el Señor a manos de uno de sus discípulos antes de que él fuese sentenciado a la muerte de la cruz.

La otra cosa que los vincula es la sed que tuvo Sansón después de aniquilar a los de Filistea. En su sed, él clamó a Jehová; y Dios le proveyó agua de una forma milagrosa. En el caso de nuestro Señor, él también clamó tener sed; pero en el caso de él, no hubo milagro del cielo para calmar su

desesperación. Sediento, ensangrentado y abandonado,
sufrió por nuestras iniquidades.

Toda la alabanza sea solo para él.

SANSÓN: EL JUEZ QUE ENTREGÓ SU VIDA POR OTROS

Jueces 16

Aunque hay maneras en las que Sansón se asemeja a Jesús, hay muchas maneras en las que es completamente opuesto a él.

Sansón tuvo relaciones con una mujer de Gaza que era una prostituta. Esto se contrasta claramente con el comportamiento absolutamente perfecto de nuestro Salvador. Sansón hizo grandes cosas, pero tuvo grandes caídas. Nuestro Señor hizo cosas grandísimas, mucho más grandes que lo realizado por Sansón; y las hizo sin haber tenido jamás una sola caída.

Al estudiar la tipología de nuestro Amado en el Antiguo Testamento, siempre debemos enfatizar lo supremo que es él en comparación a todos aquellos que sirven como tipos de su Persona.

Sansón huyó de donde estaba con esta mujer antes de que lo apresaran. Con otros dos eventos de los que leemos en este capítulo, veremos a Sansón siendo victorioso sobre los filisteos. En esto queremos resaltar lo invencible y lo victorioso que es el Señor Jesús. A pesar de tantos adversarios que tuvo, a todos pudo derrotarles para así garantizarnos nuestra salvación.

Este juez de Israel, después se enamoró de una mujer llamada Dalila. Al enterarse los filisteos de que estaban juntos, ellos buscaron la manera de que a través de ella pudiesen arrestar a Sansón. Él pudo huir de ellos, aún cuando Dalila le había atado con siete mimbres verdes. Al llegar los filisteos, él pudo zafarse de ellos como cuando una estopa toca el fuego. Lo mismo sucedió cuando Dalila ató a Sansón con cuerdas nuevas. Y lo mismo ocurrió cuando fue atado por sus trenzas a una estaca.

Antes de proseguir, debemos hacer otro contraste entre Sansón y el Hijo de Dios. En cada uno de los sucesos mencionados, Sansón engañó a Dalila, porque él bien sabía que su fuerza radicaba en su cabello largo. Esto por el voto del nazareo con el que había cumplido desde su nacimiento.

Al pensar en esto, tenemos razón de admirar otra vez la impecabilidad de nuestro Salvador. Él nunca engañó a alguien. Siempre habló la verdad. Pedro, quien lo vio por tres años, escribió acerca de él: “El cual no cometió pecado, ni engaño alguno se halló en su boca” (1 Pe. 2:22).

Los engaños de Sansón, hicieron dudar a Dalila de que realmente le amara. En el caso de nuestro Redentor, no hay nada que nos haga dudar de su amor. Jamás podría decir algo indebido para que cuestionemos realmente su amor. Nos identificamos con lo que dijo Salomón acerca de su amada, al poder nosotros decir lo mismo del amor que nos tiene el Hijo de Dios. Salomón dijo: “Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos” (Can. 8:7). Nada puede poner en duda el amor de Jesús por nosotros.

Ahora pensemos en el arresto de Sansón. Dalila cortó su cabello, lo cual permitió a que los filisteos tomaran preso a Sansón. Él pensó que podría escapar como en las otras ocasiones, pero lo que no sabía era que Dios se había alejado de él.

En esto podemos considerar el arresto de nuestro Señor. En el caso de Sansón, nada pudo hacer para evitarlo porque perdió su fuerza por causa de su desobediencia. En el caso de Jesús, él sí lo pudo haber evitado, porque él nunca perdió su fuerza; pero él permitió que hombres le arrestaran como si fuera un malhechor. Lo hizo porque esto le encaminaría a ser sentenciado a la muerte de la cruz.

Al ser arrestado Sansón, le sacaron los ojos y le “ataron con cadenas de bronce y lo pusieron a girar el molino en la prisión”. Imagínese el dolor y la vergüenza que habrá experimentado este juez en esas circunstancias.

Esto no se compara ni en lo más mínimo con lo que sufrió el Mesías al ser arrestado. Fue atado de manos como si fuese culpable de algo. El Santo pasó la noche encarcelado y el Rey de justicia pasó la mañana siguiente siendo juzgado corruptamente por distintos líderes políticos y religiosos. Se burlaron feamente de él. Le menospreciaron hasta más no poder. Terribles padecimientos fueron infligidos a su cuerpo. Fue humillado en gran manera delante de muchas personas. Sufrió muchísimo más que Sansón.

Los filisteos organizaron una fiesta para adorar a su dios Dagón. Durante ese evento, mandaron a sacar a Sansón de la cárcel para que los entretuviera. Nuestro Señor también fue visto como el entretenimiento de la gente al ser torturado.

Sansón salió delante de todos y pidió ser acercado a las columnas. Al tocarlas, le pidió a Dios que lo ayudara, y Sansón pudo derribar las columnas para que él y todos los presentes murieran. De esta manera, Sansón al entregar su vida, mató al mayor número de filisteos que jamás había matado. Sansón dio su vida por el bien del pueblo de Israel.

Pensemos en nuestro Salvador dando su vida en nuestro lugar para darnos la vida eterna y para vencer a sus enemigos. Él anunció que daría su vida al decir: “Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar” (Jn. 10:17, 18). Él “se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Tim. 2:6). Jesús se definió como el buen pastor porque “el buen pastor su vida da por las ovejas” (Jn. 10:11). Nuestro glorioso Señor nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros (Gál. 2:20). Amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por la iglesia (Ef. 5:25).

Toda nuestra adoración sea dada el día de mañana a aquél que lo dio todo por nosotros. Toda honra sea alabada a nuestro Señor quien es invencible y victorioso.

CONTRASTES ENTRE UN SACERDOTE PERVERTIDO Y EL SUMO SACERDOTE MÁS SUBLIME

Jueces 17

La corrupción moral en Israel durante los tiempos de los jueces es asombroso. Micaía le robó mil cien siclos de plata a su propia madre. Esto era una enorme fortuna que había hurtado, porque el pasaje nos hace saber que diez siclos era el salario de un año para algunas personas.

Cuando le confesó lo que había hecho, la madre en vez de reprocharle por cometido tal aberración, lo bendijo y ya no quería que se le devolviera el dinero, sino que quiso mandar a hacer un ídolo. Micaía tenía una casa de dioses en la cual practicaba todo un sistema de adoración. Había un efod, terafines y había consagrado a uno de sus hijos para cumplir con el rol de sacerdote.

Después Micaías se encontró con un joven de Belén que era levita. Micaías le ofreció un salario si él servía como sacerdote en su casa de dioses. En vez de que sirviera a Yahweh en su tabernáculo, este hombre decidió servir como sacerdote en una casa de dioses falsos bajo la autoridad de un hombre perverso.

En ocasiones vemos a Cristo en toda la Biblia al buscar semejanzas entre una persona y nuestro Salvador. En este

caso no cabe duda que no podremos hacer eso, sino que tendremos que ver a Jesús en este pasaje al contrastarlo con el sacerdote corrupto del que leemos aquí. Por lo tanto, meditemos en Cristo Jesús nuestro gran sumo sacerdote.

La grandeza de Jesús puede ser vista, en primer lugar, en que él no solo es sacerdote sino que es sumo sacerdote. Esto conlleva la idea que él es el sacerdote superior a todos los demás sacerdotes. El varón contratado por Micaías solo era sacerdote, nuestro Señor es sumo sacerdote. A lo largo de la historia de Israel, hubieron unos setenta y ocho varones que tuvieron esta responsabilidad. Ninguno de ellos puede ser comparado con aquél que es el más grande de todos; él es el gran sumo sacerdote (Heb. 4:14).

Su superioridad como sacerdote también puede ser vista en que no solamente es sumo sacerdote, sino que él cumple con tres responsabilidades muy importantes a la misma vez. En Israel, alguien era sumo sacerdote, otra persona era el rey y otro individuo era profeta. No así en el caso de Mesías. Él a la misma vez es sumo sacerdote, rey y profeta. El levita de Belén era un insignificante sacerdote en una casa desconocida de dioses falsos. Nuestro Redentor brilla infinitamente más que todos los hombres por quién es y por lo que hace.

El sacerdocio patético de este hombre en Efraín, y aún el servicio de hombres piadosos que sirvieron como sumo sacerdote en Israel; por más llamativo que pudiera haber sido en algunos casos, su oficio no dejó de ser ejercido aquí sobre la tierra. La exaltación de Jesucristo puede también ser vista en el hecho de que su glorioso sacerdocio es ejercido en el alto cielo, en la presencia de Dios, en el templo de templos.

Leemos en Hebreos 9:11, "Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación". Su sacerdocio nos beneficia grandemente estando en esta tierra, pero su sacerdocio proviene de una dimensión mucho más superior, una que es celestial. En Hebreos 3 leemos acerca de cómo es el sacerdocio del Hijo de Dios es muchísimo mayor que el sacerdocio de Moisés. Su sacerdocio es tan importante que él está sentado a la mano derecha "del trono de la Majestad en los cielos" (Heb. 8:1). Él como sumo sacerdote ha sido hecho más sublime que los cielos (Heb. 7:26). Estamos pensando en el Altísimo que realiza su sacerdocio en el alto cielo.

El escritor a los creyentes judíos presenta al Salvador como siendo un sumo sacerdote misericordioso y fiel en cuanto a lo concerniente a su Padre (Heb. 2:17). En el caso del sacerdote de Micaías, ¿qué había de misericordioso o de fidelidad en él? Nada. Dishonró su oficio y afrentó al Dios de su pueblo. Nuestro Señor no se podría haber dejado pervertir por la codicia y la ambición, como sí sucedió con el sacerdote del que leemos aquí. Nuestro sumo sacerdote jamás le falla a su Padre y jamás nos fallará a nosotros. Él se complace fielmente de nosotros en nuestras necesidades (Heb. 4:15). No cabe duda que algo que también motivó al siervo de Micaías fue su ego, su orgullo. La soberbia lo había cegado completamente para cometer esta atrocidad. Nuestro sumo sacerdote es hermosamente humilde. Nadie tan glorioso como él; nadie tan humilde como él. En Hebreos leemos acerca de él no glorificándose a sí mismo; sino que fue su Dios quien lo eligió para cumplir con ese gran oficio (Heb. 5:5). Sobresale la pureza de nuestro sumo sacerdote. Él

es “santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores” (Heb. 7:26). ¡Él es sin igual!

Por último, algo que también marca una enorme diferencia entre nuestro sumo sacerdote y todos los demás sacerdotes; es lo que él hizo a favor de nuestros pecados. Los sacerdotes ofrecían los sacrificios de otros. Los sacerdotes ofrecían sacrificios por sus propios pecados. Sacerdotes como el de Micaías, ofrecían sacrificios inútiles a dioses muertos. En el caso de nuestro sumo sacerdote, él mismo fue nuestro sacrificio y él mismo entró por nosotros al lugar santísimo con su propia sangre. En Hebreos leemos en dos ocasiones acerca de él derramando su propia sangre (9:12; 13:12). Pensemos en la angustia y en el dolor que esto le causó. El gran sumo sacerdote se hizo sacrificio para limpiarnos de todas nuestras impurezas. Estas son maravillas que no logramos captar en nuestras mentes, pero que sí nos llevan a adorarle.

Ciertamente no hay sumo sacerdote como nuestro Señor. El levita que sirvió a Micaías no solo refleja la perversión de Israel, pero por contraste, acentúa lo maravilloso y lo grandioso que es nuestro sumo sacerdote. Alabémosle de todo corazón.

IDÓLATRAS A LA MESA

Jueces 18

Es posible participar de la mesa del Señor el Domingo, comer del pan y beber de la copa, y tener ídolos.

Llegamos para hacer memoria de Jesús, cuando realmente nuestras mentes están más saturadas con otras cosas que con el Señor.

Llegamos para adorar a nuestro Salvador, cuando realmente nuestros corazones tienen más afecto para otras cosas que para el Señor.

La idolatría es un enemigo real en la vida del cristiano. Lo más probable es que no sea en un contexto religioso, en el sentido de que seamos dados a ser devotos a figuras paganas. Para nosotros los ídolos mas bien son cualquier cosa que amamos más que a Dios.

Idolatrarnos a nuestra familia, nuestro empleo, nuestro negocio, nuestros bienes, nuestras estrellas del mundo del entretenimiento, nuestros pasatiempos, nuestras habilidades, nuestros dones espirituales, nuestro servicio, nuestros esfuerzos, nuestros cuerpos, nuestro conocimiento, nuestros egos.

El sincretismo siempre ha sido una debilidad del pueblo de Dios. Esto es cuando se combina la adoración de Dios con la

adoración de ídolos. Lo sufrió el pueblo de Israel y Dios no aceptó la adoración que trataban de ofrecerle. Lo sufrimos también nosotros, y por consiguiente, él no acepta nuestra adoración.

La idolatría en la vida del cristiano se suscita por una falta de satisfacción en Jesús. El creyente evita amar ídolos cuando encuentra todo gozo, toda delicia y todo placer en Cristo. Un corazón lleno del Hijo de Dios es un corazón que adora genuinamente a Dios.

Esto lo vemos con la tribu de Dan en el tiempo de los jueces. Recibieron su territorio pero no les satisfizo y entonces enviaron una comitiva de hombres para explorar otras tierras. Esto les hizo reunirse con Micaías y con su sacerdote en la casa de ídolos que tenía. Buscaron la guía de Dios a través de un sacerdote corrupto y terminaron conquistando pueblos para poder habitar sus tierras. En apariencia todo era en el nombre de Dios, cuando realmente todo emanó de corazones idólatras e insatisfechos. Dan se caracterizaría por ser una tribu idólatra.

¿Qué haremos sobre este problema recurrente? Me pregunto, ¿cuántos domingos me he encontrado reunido con el templo de Dios para exaltar a Dios sobre su trono, cuando mis afectos los tengo puestos en distintos ídolos?

Es hora de detectar cuáles son las cosas que me tienen cautivo. Debo quitarlos de mi vida. Necesito darle todo mi corazón al Rey de reyes y adorarle de todo corazón. Así podremos sentarnos a su mesa sin ídolos.

LA FEALDAD DE LA MALDAD

Jueces 19

El pecado es feo.

Que nuestra ignorancia, confusión y orgullo lo maquillen y lo disfracen, no cambia el hecho de que el pecado es monstruoso, deforme y repugnante.

Este capítulo en la Biblia también exhibe lo asqueroso que es el pecador. Expone abiertamente la depravación que gobierna su corazón. Publica francamente el potencial licencioso de sus actos. Divulga manifiestamente las espantosas consecuencias que ellos pueden tener sobre otros al profundamente impactar sus vidas.

El pecado es feo. Lo vemos en esta historia en Jueces 19.

Un levita tenía a una concubina. ¿Un hombre de Dios que debía servir en su santuario vivía en fornicación? El pecado es feo.

Esa concubina le fue infiel y le dejó. El pecado es feo.

Después de que se reconciliaron, comenzaron su viaje de regreso a casa. Se quedaron a dormir en Gabaa en casa de un hombre con el que se encontraron allí. Este hombre les invitó a comer y cuando él y el levita se habían emborrachado,

hombres perversos de aquél lugar llegaron y pidieron que saliera el levita para que tuviesen relaciones con él.

El pecado es feo.

El hombre de la casa impidió que eso sucediera al ofrecerles que abusaran de su hija que aún era virgen y de la concubina del levita. Podían humillarlas y podían hacer lo que quisiesen con ellas.

El pecado es feo.

No aceptaron. El levita, que supuestamente era servidor de Dios, sacó a su concubina y ellos la violaron toda la noche. Abusaron tanto de ella que al día siguiente murió. El levita llevó su cuerpo a su casa, la cortó en doce partes y las envió por todo Israel a cada una de las doce tribus.

El pecado es feo.

Desde que habían salido de Egipto, algo tan vil y menospreciable no había sido cometido en el pueblo de Jehová.

Es muy abrumador meditar en lo degradado que estaba Israel para que se cometiera esta atrocidad.

La fealdad del pecado es vista en este pasaje, pero puede ser observada aún más visiblemente en un evento que se llevó a cabo unos 1,300 años después.

La fealdad del pecado se manifestó como en ninguna otra ocasión como lo fue en la crucifixión del Hijo de Dios.

Contemplamos la cruz de nuestro Salvador y sí vemos su amor, su humildad, su misericordia, su perdón. Pero también vemos lo feo que es el pecado.

Dios vino a morar entre hombres y los hombres le mostraron toda la corrupción, descomposición y putrefacción que hay en nuestros corazones.

Nadie fue tan humillado como el tierno Señor.

Nadie fue tan torturado como el noble Pastor.

Nadie fue tan castigado al ser puesto a muerte como el glorioso Hijo de Dios.

En la cruz, Cristo conoció en toda su extensión y profundidad lo feo que es el pecado. Sufrió severamente a manos de los pecadores. Sufrió penetrantemente cuando él fue hecho pecado, siendo él sin pecado.

Con adoración y gratitud, mañana haremos memoria del que discernió cuán feo es el pecado al sufrir todos aquellos tormentos indecibles sobre aquél madero levantado a las afueras de Jerusalén.

CUANDO DIOS DISCIPLINA A LA IGLESIA

Jueces 20

Dios es bueno, misericordioso y paciente. Dios también es justo, perfecto y santo. Llama la atención que el único atributo de Dios que se repite tres veces en una misma frase al describirle a él, es en la escena maravillosamente descrita en la profecía de Isaías. Los serafines exclaman: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos”.

Nuestro Dios es gloriosamente santo.

Nos atrae pensar en el amor de Dios, porque nos beneficia. No sentimos la misma atracción a su santidad porque su perfección expone nuestra perversión.

Si viviéramos vidas más puras, encontraríamos la inigualable belleza que hay en el hecho de que nuestro Padre es justo.

Por su carácter inmaculado, Dios tiene que castigar el pecado de los que son suyos para revelar su justicia y para purificar a los transgresores.

Esto fue lo que sucedió en Israel después de que cada tribu recibió un pedazo del cuerpo de la concubina que fue violada hasta perder la vida. Las once tribus se levantaron

para pelear contra la tribu de Benjamín, la tribu de la que eran los que cometieron tal crueldad e inhumanidad.

Lo mismo ocurre con nosotros en la actualidad. El Espíritu Santo nos presenta el solemne hecho de que hay la posibilidad de que comamos del pan y bebamos de la copa indignamente en la cena del Señor (1 Co. 11:27-34).

Se participa indignamente de los elementos al hacerlo de manera impropia y careciendo reverencia. En la primera epístola a los corintios podemos ver que los cristianos a los que escribe Pablo estaban haciendo eso mismo. Estaban participando del partimiento del pan de manera indigna. Comían a la mesa de los demonios al ir al templos paganos y también participaban de la mesa del Señor al reunirse la iglesia para conmemorar la muerte de Jesús. Habían divisiones entre ellos. Antes de celebrar la cena del Señor, realizaban una comida de amor en la cual debían comer todos juntos. Pero unos sí comían y otros se quedaban con hambre porque no tenían comida. En esta comida de amor, algunos hasta se emborrachaban. Habían pecados que no se estaban tratando, como el hermano que tenía a su madrastra como mujer.

La iglesia estaba en completo desorden y desenfreno pero seguían reuniéndose y haciendo memoria del Señor.

Lo que no entendían era que estaban comiendo del pan y tomando de la copa de una manera indigna o sin falta de reverencia por lo que representaban esos dos símbolos. Se les había olvidado que el pan representa el cuerpo de Jesús que fue partido y que la copa simboliza la sangre de Jesús que fue derramada. Participar de los elementos indignamente, es

deshonrar a nuestro Señor, porque le simbolizan a él. Participar de los símbolos indignamente, es burlarse del Hijo exaltado de Dios.

Esto mismo ocurre con nosotros. Tenemos pecado oculto, pecado que no hemos confesado, pecado que no hemos resuelto. Pero aún así participamos de la cena del Señor porque se ha convertido en una rutina y en una tradición. Muchos de nosotros participamos del partimiento del pan con una gran religiosidad. Esto ofende inmensamente al Señor. Esto resulta en que seamos culpados del cuerpo y de la sangre del Señor. En 1 Corintios 11 también se señala que los que participan de esa manera, lo hace sin discernir el cuerpo del Señor. No discierne porque no hace distinción o separación. No hace una diferencia entre lo que es santo y lo que es profano, y por lo tanto, participa de ambas cosas. Comete pecado y quiere a la misma alabar al Señor.

Todo esto resulta en que el Dios santo a quien adoramos, tenga que castigarnos a nivel colectivo y a nivel personal. Cuando hay pecado no confesado a Dios, o a los pastores, o a los que hemos ofendido, comemos y bebemos juicio para nosotros mismos. En vez de que el pan y la copa sean de bendición para nosotros, se convierten en nuestra maldición. Por eso hay hermanos que Dios permite que se enfermen (1 Co. 11:30; Stg. 5:14, 15). Por eso hay hermanos que mueren (1 Co. 11:30; Hch. 5:1-11). En Hebreos 12:5-13, aprendemos que Dios castiga a los suyos para que podamos participar de su santidad. Para evitar eso debemos examinarnos constantemente y debemos confesar nuestros pecados continuamente. Pablo exhortó a los corintios que se probaran a sí mismos antes de participar de dicha celebración.

Mucho se enseña que debemos llegar preparados con algo que le podamos ofrecer al Señor en el partimiento del pan. Poco se enseña que debemos llegar habiéndonos examinado para no llegar en pecado a algo que debe realizarse con modestia y castidad. Hablamos de la santidad de Jesucristo y cantamos de la santidad de Dios, sin que haya santidad en nosotros.

Durante la semana tratamos ásperamente a nuestros cónyuges e hijos. Vemos escenas en series o películas que son inapropiadas. Vemos pornografía a escondidas. Criticamos a los hermanos. Chismeamos acerca de otros. Somos deshonestos en la escuela, en el trabajo o en el negocio. Hacemos todo eso, y mucho más, y llegamos a la cena del Señor como si no hubiera pasado nada.

Esto tiene que cambiar en cada uno de nosotros. Debemos pasar mucho tiempo evaluándonos. Debemos pasar mucho tiempo en confesión delante de Dios. Debemos pasar mucho tiempo haciendo lo que tengamos que hacer para resolver y dejar lo que no está bien en nuestras vidas.

Dios es santo. Él castigó a la tribu de Benjamín. Él sigue castigando a los que son suyos. Vivamos en pureza para que nuestra adoración sea aceptable y agradable delante del Señor. Vivamos de una manera en la que apreciemos y amemos el hecho de que nuestro Dios es santo, santo, santo.

AMADO ESPOSO, NADIE COMO TÚ

Jueces 21

Parte del castigo de las tribus de Israel a la tribu de Benjamín, por causa del funesto acto cometido a la concubina del levita, fue que decidieron no darles sus hijas para que se casaran con ellas.

Después recapitaron y se entristecieron por todo lo que estaba aconteciendo dentro de la nación. Por el juramento que hicieron de no darles sus hijas en matrimonio, fueron a Jabes-galaad, mataron a todos los varones y a todas las mujeres, excepto a las vírgenes. Ellos sufrieron esto como castigo por no haber obedecido a Dios.

Esto resultó en que cuatrocientas vírgenes pudiesen casarse con varones de la tribu de Benjamín. Esto era para que no desapareciera esta tribu. Pero no hubieron suficientes mujeres para todos.

Las tribus tuvieron compasión de Benjamín. Decidieron que tomarían por esposas a las mujeres que habían escapado. Tendrían que hacer una emboscada y tomarlas para ser suyas.

Eso fue lo que sucedió y así tuvieron suficientes mujeres para que todos se casaran.

Se señala que si hubiesen dado sus hijas por sus esposas, hubiesen caído bajo maldición.

Este relato, por extraño que parezca, nos hace pensar en la mejor historia de amor que ha habido entre un esposo y una esposa. Concluiremos viendo a Cristo en el libro de Jueces al pensar en él como el esposo y la iglesia siendo su amada esposa.

En el caso de los benjamitas, otros pelearon y ganaron una batalla para conseguirles sus esposas. En el caso de nuestro glorioso Esposo, él tuvo que pelear la guerra solo al padecer sobre una cruz. Él venció todo lo relacionado a la maldad al morir y a al resucitar de entre los muertos. En el caso de algunos benjamitas, las esposas que llegaron a tener fue porque ellos tuvieron que ir por ellas y tomarlas. En nuestro caso, nuestro esplendoroso Esposo vino a nosotros e hizo todo para poder tomarnos como esposa suya. Nosotros no hicimos nada, sino solo poner nuestra fe en él.

En el caso de los benjamitas, sus esposas pertenecían a una comunidad en Jabes-galaad que desobedecieron al no presentarse en la reunión hecha a Yahweh. En el caso de nuestro hermosísimo Esposo, él decidió tomar por esposa a una numerosa multitud de personas depravadas, contaminadas, sucias, despreciables y detestables. No había nada atractivo en nosotros. El único atractivo que ahora tenemos ya que somos de él, es lo que él nos ha hecho en nosotros por su infinita e inmerecida gracia.

En el caso de los benjamitas, ellos no pudieron recibir esposas de las demás tribus, por el juramento que habían hecho y hubiesen caído bajo maldición. En el caso de nuestro admirable Esposo, él estuvo dispuesto a sufrir la terrible

maldición por causa de nuestro pecado al haber sido hecho maldición y pecado por nosotros.

En el caso de los benjamitas, las mujeres de Jabes-galaad fueron tomadas de su lugar y se casaron con ellos sin poder externar su opinión. En el caso de nuestro magnífico Esposo, nosotros le tomamos y le aceptamos porque esa fue nuestra voluntad. Vimos su belleza, sus manos heridas, su amor, y nuestros corazones respondieron al tomarle como nuestro. Voluntariamente nos dimos a él.

Hoy somos la virgen desposada de Cristo, el que amó nuestras almas hasta la muerte, pero viene el día cuando en las bodas del Cordero, él nos recibirá como Esposo.

No hay nadie como nuestro amado Esposo.